NERVIO

CIENCIAS ARTES LETRAS



SUMARIO

Ilustró en este número: Dirk Kerst Koopmans.

Director
V. P. FERRERIA

N.º 3
20 Ctvs.

J. P.

COLABORADORES

Han Ryner (París)
Eugen Relgis (Bucarest)
Prof. H. Díaz Casanueva
María L. de Moura (Brasil)
Elías Castelnuovo
Prof. Pedro B. Franco
Costa Iscar
Prof. César Godoy Urrutia
José Portogalo
Edgardo Casella
Julio Dorraine (Montevideo)
Inés Delfino de Castelnuovo
Augusto Chertkoff
Antonio Barrot
Prof. A. L. Herrera (México)
M. P. T.
Dr. Oscar Creydt
Alejandro Castiñeiras
Ildefonso Pereda Valdés
Prof. Jorge F. Nicolai

Alvaro Yunque
Alfonsina Storni
V. Fernández Cantina
Alfonso Longuet
V. P. Ferrería
Isidoro Aguirrebeña
Aristóbulo Echegaray
Dr. P. R. Falconnet
Fedor Bazarof
Dr. D. Cayafa Soca
Nathan Forge
A. Vázquez Escalante
Pedro Godoy
Dr. Juan Lazarte
Campio Carpio
A. Morozoff
Kras
Leónidas Barletta
Herminia C. Brumana

ILUSTRADORES

José Planas
Marina
Justo Balza
Irma Ofelia Falconnet

Dirk Kerst Koopmans
Julio Orione
Pablo Siena
Kras
León Poch

AÑO I. Buenos Aires, Julio de 1931 N.º 3



Los principios humanitaristas

I

"¡SOY HOMBRE!", será, siguiendo nuestra propia conciencia, la respuesta a cuantos nos pregunten sobre la nacionalidad, credo o Estado a que pertenecemos. Esta respuesta significa: Sé que soy el producto de la evolución biológica; que está en mí el mono, el reptil, la planta, el mineral; sé, también, que debo desarrollar en mí mi propia humanidad, acrecida por el esfuerzo de las generaciones desaparecidas; conservar la cultura y la civilización heredadas y acrecerlas cuanto está en mí, pues preveo el porvenir contemplando el pasado: humanizándome a mí mismo construyo para mis descendientes un escalón nuevo en la escala del progreso.

II

Dos nociones, dos realidades, forman la base de mi humanidad: **el individuo y la especie,** la célula y el organismo. La libertad puede armonizar siempre con la necesidad; mi voluntad de individuo halla campo de acción creadora en el cuadro de la especie. Reconociendo las fatalidades naturales nos hacemos sus amos. En cuanto a las fatalidades sociales, no existen sino para quienes carecen de conciencia individual y de conciencia de la especie.

Entre la unidad simple del hombre y la unidad suprema de la humanidad no hay otra unidad natural intermediaria, pero sí formas sociales y políticas: la familia, la tribu, la clase, la nación, el Estado, la raza... Son, éstas, formas artificiales, transitorias; no las reconocemos de manera absoluta. Liberémonos de su tiranía si paralizan nuestra personalidad y si no corresponden a las tendencias hacia el progreso de la humanidad.

III

La creencia en el progreso es la savia de mi humanidad. No es una creencia mística o simplemente idealista. La idea nace de reali-

dades, no de sueños. El aliento de vida de la naturaleza, vuelto conciencia por el hombre, halla expresiones cada vez más perfectas, pese a las catástrofes cósmicas y a todos los trastornos provocados por la guerra. El principio de todos los progresos materiales y espirituales está en el progreso del cerebro; una idea superior no germina sino en un cerebro libre de la obscura ignorancia, de los fantasmas de la superstición, de las obsesiones fetichistas. La mayoría de la humanidad tiene el cerebro en letargo; despertemos las posibilidades que encubre, mediante una educación libre y positiva. La humanidad que reina en nuestros corazones verá y obrará mejor cuando sea dirigida por la inteligencia.

IV

El mandamiento central de la conciencia humana es este: que la **idea devenga acto.** Así se conocerá nuestra sinceridad y conoceremos nuestro poder. Este mandamiento nos conduce, además, hacia la ley natural de la armonía. Pues, humanidad significa armonía de los contrarios. Que siempre nos sirva de ejemplo el dualismo de la naturaleza, en la que todo concurre sin embargo a una armonía unitaria.

¿Materia y espíritu? ¡Espiritualicemos la materia!

¿Individuo y multitud? ¡Personalicemos la multitud!

¿Arte y trabajo bruto? ¡Embellezcamos el esfuerzo creador!

¿Religión y ciencia? ¡Aportemos la fe a la verdad!

¿Proletariado y capital? ¡Socialicemos los medios de producción!

¿Barbarie y cultura? ¡Civilicemos los pueblos!

¿Dios y la iglesia? ¡Divinicemos al hombre!

Que todas las actividades humanas, al quedar en los límites que les son asignados por la naturaleza, guarden entre ellas los vínculos vitales; que tiendan todas, cada una por su esfuerzo particular, al desarrollo omnilateral de la humanidad individualizada.

V

El pacifismo es el eje principal del humanitarismo. Persuadámonos no sólo del destino pacífico del hombre, sino también de su origen pacífico; la sociabilidad primordial en la época de sus antepasados simiescos y la anatomía del cuerpo humano, muestran que el hombre primitivo no tenía otras armas que la solidaridad numérica y su inteligencia.

Que la acción pacifista persiga en primer término el despertar del pacifismo primario. El odio se ha injertado en el corazón del hombre a consecuencia de la multiplicación de las guerras. Fortificamos en nosotros el pacifismo individual mediante el conocimiento del origen humano, de las condiciones de desarrollo de las civilizaciones y, sobre todo, por la conciencia que tenemos del "organismo de la humanidad". Explicando a todos que las guerras, sobre todo en nuestra época, son inútiles desde todos los puntos de vista, pues dan resultados contrarios a los que se persiguen, fortificamos el pacifismo en el alma del pueblo.

Basados en principios científicos, biológicos, económicos, etc., podemos dar al **pacifismo** la fuerza de convicción que determina la acción. El mandamiento de la conciencia: **¡No matarás!** (que significa respetar la vida, toda la vida), se unirá entonces al deseo del corazón: **¡La paz sea con vosotros!** (que significa fraternidad entre individuos y armonía entre los **intereses** de los pueblos libres).

VI

El internacionalismo es el segundo eje del humanitarismo. Tiene su origen en el pacifismo, como las ramas en el tronco del árbol. Ha existido siempre bajo diversas denominaciones. La solidaridad de horda o de raza, las alianzas entre naciones o clases sociales, las asociaciones entre grupos dispersos en todos los continentes, y hasta la división del trabajo entre los individuos y los pueblos no son sino formas (embrionarias unas, híbridas las otras), del internacionalismo o, más bien, de la interdependencia.

El interés prima por todo y sobre todo. El internacionalismo económico está reconocido por todo el mundo, aun cuando revista todavía la forma del imperialismo político. El internacionalismo técnico se realza con cada progreso, el de los aviones — por ejemplo, — o de la máquina, que reemplaza el trabajo bruto del hombre. El internacionalismo de la ciencia es incontestable: la verdad afluye de todos los puntos cardinales, como el canto de los poetas, como el verbo de los profetas...

La cultura y el arte de las diversas naciones tienen una esencia común; las mismas raíces les sirven para tomar la savia en el mismo terreno; sólo las flores y los perfumes son diferentes. De ahí la esplendidez del jardín de la humanidad, donde armonizan sometidas a un mismo destino las individualidades nacionales, sociales o personales.

VII

La tendencia a la unidad es la significación esencial del pacifismo y del internacionalismo. La paz entre los órganos y la interdependencia de sus funciones producen la sana unidad del organismo individual. La paz entre las naciones y el internacionalismo económico, técnico, científico, cultural, preparan la unidad suprema de la humanidad. La tendencia a la unidad admite los progresos más diversos: la variedad en la unidad.

Por la unidad moral, cuya ley es el acuerdo entre la idea y el acto; por la unidad psicológica, es decir, el equilibrio entre el cuerpo y el espíritu; por la unidad social, que es la armonía de los intereses de las diversas clases no parasitarias; por la unidad nacional, síntesis de las unidades individuales y sociales de cierta región geográfica y sin carácter agresivo hacia otras naciones; por la unidad de raza o la unidad continental, que comprende las unidades nacionales vinculadas entre ellas por la misma civilización, por el "patriotismo cultural", o por la necesidad de una expansión económica pacífica; por todas estas unidades progresivas nos dirigimos hacia la unidad planetaria de la humanidad.

La tendencia a la unidad de la especie existe desde los orígenes del hombre; su fuente se halla en la realidad del "organismo de la humanidad". Seamos conscientes de esta tendencia: todas las actividades humanas convergen hacia la creación del Estado **único** de la humanidad; este "Estado universal" será la expresión social de la realidad biológica de la humanidad y del progreso técnico, económico, cultural y espiritual de ésta. Finalmente, este estado universal desaparecerá en el organismo consciente de la humanidad entera.

VIII

Evolución civilizadora, es el método del humanitarismo. Es la resultante de los demás principios y no es sino una continuación de la evolución natural, dirigida por la inteligencia y la fuerza del hombre.

El fruto no nace mientras no haya habido raíces, un tronco, ramas, hojas, flores y, sobre todo, si antes no se ha tomado la savia de la tierra. Lo mismo ocurre con el individuo, con el pueblo, con la humanidad. Les son menester todos los elementos, y el tiempo necesarios. ¡Cada cosa a su tiempo! El ideal se realiza por la ascensión gradual de una cima a la otra, mas nunca definitivamente; siempre por transformaciones insensibles, por impulsos naturales, por el hecho de una voluntad consciente...

No hay perfección, sólo hay tendencia a la perfección. El método revolucionario pertenece a quienes creen que el ideal puede ser conquistado integralmente, que es posible anticiparlo para el porvenir. Una revolución da nacimiento a otra, lo mismo que una guerra surge de otra. La verdadera revolución no es sino el término final de la evolución.

Los utopistas y los tradicionalistas son esclavos del Absoluto. El presente debe ser una síntesis viva del pasado y del porvenir: que el mono y el superhombre fraternicen en el hombre actual, simple anillo en la cadena de la vida que asciende en una espiral infinita.

IX

Amor y libertad, estas son las "armas" de la humanización, manejables conforme a una ley única: ¡Conócete a ti mismo! Emancipándose a sí mismo de una tradición ya vuelta parasitaria y del amor egocentrista que sólo se manifiesta en el odio; purificándose en el vasto río de la vida humanizada, es así como se puede llegar a amar verdaderamente al prójimo y defender la libertad de éste como la propia.

La fuerza en el dominio social y la intolerancia en el dominio moral o intelectual no tienen otros efectos que determinar una fuerza y una intolerancia contrarias. Los tiranos — clases, Estados, razas, — que oprimían a la mayoría de la humanidad, han perecido por su propia gigantanasia. Se han engrandecido desmesuradamente olvidando, o rehusándose a saber, que hay también otras tendencias de crecimiento y de conservación. Les ha ahogado el peso de su propia fuerza.

Los doctrinarios—laicos o eclesiásticos,—los tiranos del alma y los verdugos del libre pensamiento han creído (creen todavía) que el alma y el espíritu de la humanidad pueden ser encerrados en moldes sociales o espirituales. Si las tendencias del individuo y de la especie corresponden a los meandros que se cavan naturalmente, el molde "ideal" se rompe. El progreso de la civilización aventaja en mucho al progreso moral; que tu humanidad interior y la de toda individualidad social corresponda a la humanidad real del planeta.

X

Hoy, no mañana, comenzarás a humanizarte. No esperes la orden ajena; obedece alegremente a tu propio gobierno. ¡Hay tantas generaciones que murmuran en tu corazón y tantos tesoros reunidos alrededor tuyo, que esperan reflejarse en tu conciencia!

Libérate, aun cuando los grillos pesen a tus pies. ¿Qué puede un cuerpo libre si halla encadenado el espíritu?

Ama e ilumina sin descanso a tu prójimo. ¿Qué puede un espíritu libre en una sociedad ignorante y avasallada?

Sé hombre y tan multilateral como sea posible, pero aplícate sobre todo en la ejecución de tu tarea cotidiana. Así podrás decir a quien quieras y cuando quieras:

Me he educado más allá de mi propia *Individualidad*, harto de malas herencias.

Me he educado más allá de la *Clase*, en la que me ubicaba mi trabajo.

Me he educado más allá del *Estado*, cuya sujeción me pesa.

Me he educado más allá de la *Patria* en la que nací casualmente, y más allá de la *Sociedad* que especula sobre todas mis necesidades y sobre todos mis actos.

Me he educado más allá de la *Raza* que me ha modelado, no conservando de todo ello más que lo bello, bueno y verdadero; he confundido todo en mi humanidad que vive activa y piadosa sobre esta tierra donde mi especie ha crecido.

Y si alguien reclama tu acta de nacimiento, replícale, simple y resueltamente:

—No la tengo, mas, quiero ser — y tal me siento — **Ciudadano de la humanidad**.

Bucarest, 1931.

EUGEN RELGIS.

(Adaptó Armando Panizza).

Ubicación literaria (1)

PUEDE decirse que hay dos clases esenciales de escritores. Están los que se asignan el papel de observadores complacientes o despreocupados, de espectadores neutros, que ven la vida adheridos a una especie de torre de marfil. Estos elementos, bastante al margen de la forma activa, se inclinan a fórmulas imaginativas, de desapego a la realidad, y el intento de disasociación a la vulgaridad, o de miraje a la "élite", eriza en ellos la piel y la sensibilidad, y puestos así en trance hiperestésico de superioridad mental, hacen hueco solamente a los adjetivos asonantes del purismo.

Admiten una belleza poética "pura", por ejemplo, plagada, en ocasiones, de lunas llenas y de soles rojos; y hasta la incubadora del romanticismo halla aún en ellos captadores predispuestos, atentos y sumisos.

La vida adquiere así, para estos Plinios descentrados, blandura de colchón de plumas; y el egocentrismo empastelado en su azotea intelectual llega a decirles, en voz baja, que no hay problemas hondos que resolver (nada de precipitar), ni dudas inquietantes (las resolverá el tiempo...). Es decir, que la torta dorada del determinismo se les sube frecuentemente al occipucio y les inhibe de dolores de cabeza.

Con la mayor tranquilidad viven en el invernáculo de la retórica, o hacen tiempo en el dintel esmerilado del floripondio. Y esta especie de cultivo intensivo de la emoción puramente estética, florece en ellos en una melopea de deseos místicos, o de dolores lunáticos, algo inconfesables; y hasta suelen llegar a pensar en una novia virgen, o, en caso de aspiración trastrocada o de nervios desmayados, en unas nupcias brillantes con la muerte. Suelen ser mesiánicos, rabiosos personalistas, ideólogos avanzados de la buena mesa y el libro editado; cultores, en fin, de toda clase posible de esoterismo intelectual.

Los hay también que marginan caminos distintos y se amalgaman resueltamente a una finalidad y ponen todas sus energías al servicio de una transmutación deseada. Estos acompañantes de la realidad o de la posibilidad, viven y actúan compenetrados de cierta responsabilidad social y una inquietud bullente les ata a los problemas vitales de la época; les lleva a buscar una manifestación — capacitada y actuante — dentro de una posibilidad tal vez ulterior, pero siempre social. Estos sí saben que hay problemas hondos que resolver y dudas inquietantes. Y no existe sentido personal o malicioso, ni se insinúa ninguna clase de restricción, si se dice simplemente que aspiran a una actitud nueva,

---

(1) Este artículo completa el significado del que publicamos en el número anterior con el título de "Izquierdismo literario".

un tanto vital, ante ciertos conceptos ya reblandecidos de la finalidad artística.

Ante los portadores de la antorcha del clasicismo aparentemente irrefutable, estos nuevos exploradores de la prosa aspiran simplemente a una oposición franca de intenciones. No ignoran, como se dice por ahí, que el arte tiene una cosa que no es posible olvidar, una especie inviolable de finalidad o de postulado; y es más, esa suerte de superación pone en ellos mismos una intención más alta y un verdadero fervor.

Pero saben, sí, y quieren huir, de los tiempos en que se acostumbraba tratar la obra de arte escrita, con fragilidad de arcilla; porque era preciso que la prosa adquiriera fórmulas de armonía pero no de solidez; de belleza pura — silencioso ademán contemplativo — carente de dinamismo; no afianzar, ni despertar siquiera, el sentimiento evolutivo; características de afianzamiento o de conformidad más que de superación. Se solía amoldar la creación superior de acuerdo a los prejuicios, a las pasiones, a las fantasías; y lo artístico entonaba salmos de conformismo estipulado, objetivando solo, cuando más, la realidad inmediata.

Esa predisposición estrábicamente objetiva del ambiente, esta captación angular de cámara en "ralentisseur", significaban claramente falta de comprensión o simpatía, o ignorancia sencilla y crasa. Ese mismo aparente fervor del arte por el arte — que aún no se niega, en excepciones — se ha manifestado sobre todo en épocas en que existía un gran desacuerdo, o un alejamiento sondeado por la sotana obscurantista, entre el escritor y el medio social que le rodeaba.

Resultaba así que esa manera de reflejo artístico "puro", de escape a vapor metafórico de la realidad, ayudaba a los escribas a empinarse sobre el medio social que les rodeaba, aunque dieran a veces con el esfenoide sobre el festín ya concluido del señor amo. Se hacían así a necesidades propias especiales, o daban lugar, por resignación, a un fatalismo que engendraba una idea obscura, y haciendo hueco al fetiche, alejaba el contenido ideológico real y hacía que se repelieran con frecuencia la razón y el sentimiento. El arte solía resultar entonces, muchas veces, un encargo especial, una especie de diario retardado, y hasta en ocasiones una prolija o maravillosa investigación de lo inútil.

Se dice, pues, que habría que divorciarse del pasado. Los viejos, por edad y por espíritu, están demasiado adheridos a él; los jóvenes lo repudian; así, mientras de un lado se piensa en el mañana, del otro se mantienen las telarañas del clasicismo, se exhuman libros de guerra onomatopéyicos, y se fundan Academias...

Los límites, cercanos quizás, más o menos posibles de este divorciamiento, no dependen exclusivamente del escritor, sino primariamente del grado de cultura, siquiera elemental, a que ha llegado el grupo social a que pertenece. Pero este comienzo de comprensión quizás ya exista entre nosotros... Sería posible comenzar, y proceder si es preciso a una "ruptura de relaciones" sin argucias diplomáticas; aunque tratando de evitar en la iniciación el grito pelado y las muestras de malos modales literarios. Porque toda deformación teratológica se dice que induce a la mentira razonada, y en esa especie de tobogán literario, hacen pie y

desbarran precisamente las tendencias que aquí mal llamamos izquierdistas.

Los aspectos triviales y la inútil crudeza, han alejado de ese campo, hace poco roturado y casi desierto, la verdadera sensibilidad. Orillar, pues, ese ángulo de enfocadores patológicos, de brochistas de miserias desmedidas y de enjuiciadores del fácil sentimentalismo, es propender al restablecimiento de un equilibrio estético y hasta ideológico y de una realidad que no debe ser olvidada, ni deformada.

Hay falta de comprensión o de alcance — o sólo intento— a una realización social; se advierte un estiramiento evidente de los sentimientos, que puestos así, a control o a dogmas, marcan el paso uniforme de las cosas feas o de los epítetos destemplados; de la misma manera que en el campo opuesto se toca la flauta del egoísmo exaltado y de las cosas "bibelots" y bonitas.

Pongamos punto y guión al refinamiento preciosista y al espíritu perpetuamente angustiado; pues que en el libro de rápidas anotaciones de la prosa diaria, no queda ya margen para llantos acegantes ni para dilatadas verborreas. La finalidad deseada se resumiría, entonces, en una forma de belleza y de fervor dinámico. Arrogarse además, si es preciso, una responsabilidad y zaherir la injusticia organizada; haciendo de paso a un lado violentamente esa fórmula sarcástica de resignación seudo cristiana, impuesta en aquellos que aceptan el fracaso de su destino, y la palabra elevada entonces, estallar en un incontenible acento de disconformismo. No poner en dique seco, sencillamente, el paquebot de la sensibilidad afectiva. Anidar la posible idea del bien y del mal, descenderla a ras de tierra sin sofocar la intención, o extenderla en la mesa de operaciones del análisis, y adentrados al menos en la voluntad trascendente de un mundo posible, hacer la forma artística más cerca de todos. Y hasta anudarla en raras excepciones, si es preciso, a la injusticia y a la miseria.

Ello será siempre preferible a vivir en el cuarto en penumbras del misticismo o de las ideas celestes o demasiado altas, a olvidarse del medio social y de la vida activa, y hacer en último y lamentable término como aquel indiferente de Plinio, que sacaba brillo y conceptos metonímicos a un orador griego, mientras el Vesubio hacía desaparecer cinco ciudades bajo su lava.

ALFONSO LONGUET.

Todas las colaboraciones son rigurosamente inéditas y especialmente escritas para "NERVIO"

Nietzsche ante la libertad

TODA la filosofía de Nietzsche se concreta en la exaltación de la voluntad individual, desmintiendo el idealismo moral y afirmando el orgullo y la fuerza entre el caos de los diversos mitos humanos, para contemplar el drama de la vida sin atenuaciones piadosas y convencionales, en el que luchan la masa anónima y el individuo, el desenfrenado sensualismo y la ilusión intelectual. El hombre modifica las abstracciones, pero no las destruye. Bajo la influencia de la fe religiosa, cree en la grosera superchería, y si logra apartarse de ella es para volver a caer en el vacío de la moral.



El cristianismo ha infiltrado su soporífero veneno en la magnificencia estética que conoció el mundo antiguo.

La verdad está en el conocimiento, y es necesario llegar al fondo de las acciones humanas.

Con actividad infatigable hay que vencer la desesperación, no creerse, ni en el mayor sufrimiento, con derecho al pesimismo.

El cristianismo, exaltador de la muerte, del sufrimiento y de la resignación, recibió un rudo golpe con los aforismos del gran filósofo.

Combatió la moral tradicional, que ahoga los sanos instintos y hace del hombre un ser tímido y obediente.

El deber, la conciencia, la ley, son imposiciones morales, esclavizadoras de la fuerza vital.

Ascender siempre, desgarrándose si es inevitable, destruyendo

todo prejuicio, todo atavismo, que es la escoria ancestral legada por los siglos, donde se afirma el dogma que ahoga a la humanidad.

El plano superior del conocimiento está **más allá del bien y del mal**.

Sólo los instintos vitales, dirigidos por la voluntad, son válidos y el respeto al sufrimiento ahoga el impulso de la vida individual.

Las bienaventuranzas, que afirman las virtudes de los débiles, de los sumisos, de los pobres de espíritu, son la base de la civilización cristiana, caracterizada por el triunfo de los esclavos.

Ya hemos destruído a Dios; no basta. Amemos la vida intensamente; saquemos de ella todos los recursos de nuestra superación; pisoteemos nuestros sufrimientos, debilidades y miserias gregarias y seamos conquistadores de todos los goces para reírnos sinceramente de la muerte.

Exalta la fuerza como método de liberación, porque "la tiranía que se afirma en el azar, en las complicidades de casta, en la fortuna o en la herencia, no tiene razón de ser".

Es un negador de autoridad, porque "sólo puede ser mandado el que no sabe obedecerse a sí mismo". Y "el que manda debía saber antes si no está hecho más bien para obedecer".

La risa es una manifestación de la alegría de vivir y el hombre capaz de sentirla, debe llegar hasta reírse de sí mismo.

A través de la ironía y del sarcasmo, se ve siempre el amor al hombre en esta filosofía, que le muestra un camino abrupto, por el que ha de alcanzar las más altas cumbres de la serenidad.

Todas las potencias vírgenes de la vida: el agua pura, la sangre pura, la mirada libre y tranquila, el pecho que se ofrece, la frente que no se inclina, la mano que protege, son acciones indelebles en la historia y están por encima de toda sanción gregaria, son indiferentes ante la aprobación o ante el repudio de las multitudes.

Hay que ser morales a fuerza de no serlo, apoyándose en los instintos depurados por una disciplina voluntaria.

Estas son las ideas fundamentales de Nietzsche, y por más que él se haya creído desligado de todos los demás filósofos, lo cierto es que elaboró su filosofía estudiando los antiguos clásicos. Para llegar a la cima que alcanzó, tuvo que pasar por los senderos de la erudición, y, por tanto, es evidente que hay estrecha relación entre sus afirmaciones y las de sus precursores. Si él quiso deshacer a martillazos los ídolos eternos, no por eso fué *el único*. En la evolución de las ideas, en la búsqueda de la verdad filosófica, cada autor refleja la influencia más o menos directa de sus predecesores. Sin embargo, Nietzsche evidencia el anhelo de una existencia libre de prejuicios, de dogmas, de trabas morales; no ignora que los conductores de pueblos, al erigirse en poder, se hacen esclavos y que las bajas pasiones atribuídas al populacho, igual se enseñorean de los que mandan como de los que obedecen de grado o por fuerza.

Ante la aparatosidad de la democracia y ante la simpleza del socialismo, se yergue la sana prosapia del pensamiento que no res-

peta límites ni esferas, que se renueva en constantes aspiraciones.

Las sabias parábolas, expresadas en estilo hiperbólico, el espíritu que late a través de la letra, forman un monumento audaz del individualismo, que se levanta triunfante por encima de las toscas viviendas donde se cobija la mísera pequeñez de las morales colectivas.

Muéstranse al hombre todos los abismos de su existencia, no para que se asuste y retroceda, sino para que adquiera la exactitud del peligro y sea capaz de vencerlo a costa de sus energías superadoras.

Formando paradójico contraste con las dolencias físicas, con el desequilibrio nervioso que aqueja al hombre, se yergue el filósofo con un dinamismo vital exuberante que engendra al superhombre, que en modo alguno puede ser producto de la precocidad, de la infatuación o del disimulo. Es hijo predilecto del esfuerzo sostenido, del dolor creador, de la inspiración esclarecida.

Para un resultado inmediato y mediocre no hace falta la transformación incalculablemente tardía que la evolución exige al hombre para llegar a superarse. ¡Cuán lejos está esto de la simulación! La selección humana se hará por hombres realmente superiores, pero nunca por individuos sin escrúpulos, en el sentido mezquino y utilitario que el vulgo "ilustrado" suele dar al término.

Examinada la filosofía de Nietzsche desde el punto de vista demoledor y renovador, con relación a las ideas dominantes, no aparece el autoritarismo de que se le acusa.

Creador de nuevos valores humanos, si su selección ideal pudiera realizarse, se llegaría a destruir indudablemente la fealdad y la decrepitud que ensombrecen la tierra.

Cuando concreta y generaliza su ideología, no puede menos de apoyarse en cuestiones metafísicas, es decir, que se hallan fuera de la experiencia inmediata, o mejor dicho, no tienen aplicación material sensible.

Es cierto que Nietzsche combatió el ideal de libertad, en cierto modo, considerado como "moral de esclavos", como aspiración ideal; lo combatió en su forma plebeya, como esperanza cristiana futura, que quiere redimir al actual rebelde de su forzada resignación. Pero no pudo rechazar la filosofía libertaria en su forma superadora, siempre de actualidad bajo cualquier régimen social. Afirmó el individualismo libertario al proclamar la capacidad que el hombre tiene para desarrollar sus aptitudes vitales, valiéndose de sus propios esfuerzos, sin apoyarse en hipócritas astucias o en ajenas debilidades. Si exhorta a la dominación, afirmando que el mundo ha de estar subordinado a los hombres superiores, lo hace por la defensa y persistencia de los caracteres nobles, por todas las excelentes cualidades físicas e intelectuales representativas de una armonía vital que refleje en sus diversos aspectos a la estética.

Nada tiene que ver este dominio con la autoridad arcaica mantenida en la brutalidad de la fuerza, en el privilegio zafio y en la ignorancia de las multitudes, causas todas que producen el desenfreno de las más viles pasiones.

El pensador, el artista, el sabio, representan la fuerza creadora, contribuyen a la selección y a la superación del hombre. Sólo la razón forma autoridad, no como mordaza a todas las expansiones naturales, sino como acicate para que todas las energías vitales se manifiesten normalmente, sin restricciones cobardes o violentas.

Sobre la filosofía de Nietzsche no pueden levantarse los decadentes, ni erigirse la tiranía tradicional de los astutos y de los perversos. Se proclama el triunfo de los "guerreros" pero no de los que obedecen a una disciplina de clase y, adiestrados en la esclavitud, quieren imponer su yugo a la civilización con las armas innobles de la crueldad y de la devastación. Los "guerreros" de Nietzsche son los cruzados del futuro, y no llevan más armas que un sano ascetismo y una infatigable actividad intelectual creadora, con la cual no se puede llegar a establecer un ignominioso despotismo.

Nietzsche, "el hombre póstumo", como a sí mismo se denomina, es un demoledor de prejuicios y un alentador de libérrimas aspiraciones. Y los libertarios lo leen con placer y toman sin prevención la parte antiautoritaria de sus pensamientos ennoblecedores.

La sutileza de Nietzsche no puede elogiar la ignominia brutal de la tiranía, pues no podía pasar inadvertido a su aguda penetración el resultado contraproducente de toda imposición. Además, su temperamento de artista tenía que repugnar sinceramente toda manifestación inarmónica, ya procediese de elevadas esferas, ya tuviese su asiento en los desmanes de los odios del pueblo. En fin, la tiranía no puede menos de tener como atributos el látigo y la espada, y tales símbolos no pueden ser emblemas de fina intelectualidad, de bondad ingénita, de individualismo generoso o "altruista", que es el que nos parece ver en Nietzsche. Acaso la voluntad de potencia, que éste afirma en toda su obra, no sea en realidad más que la voluntad de armonía de nuestro actual Han Ryner.

Lo más evidente en la filosofía de Nietzsche es su sabia locura, su paradojismo. Así, su verbo se presta a mútiples y contradictorias interpretaciones, según el interés y la parcialidad del que escucha las desconcertantes parábolas. Además, la verdad filosófica no puede ser matemática, absoluta, sino que es la expresión subjetiva que registra fluctuaciones mentales de orden intelectual especial. Por eso no hay puntos de referencia que puedan dar origen a una definición común que sirva para todos los estudiosos.

Nietzsche, como poeta, no era lógico en su argumentación, y quizá ávido de originalidad, se contradijo palmariamente y con frecuencia. Fué maravilloso artista, un juglar de las ideas, y por eso desmenuzó los sistemas filosóficos y afirmó su expresión lapidaria: "Mi orgullo es decir en diez palabras los conceptos que otros dicen en un volumen, es decir. "lo que no dicen".

Que la filosofía de Nietzsche no es un bloque pesado para basar un nuevo sistema, bien lo indica en su afición a "la danza de pies, de ideas y de palabras", de cuya danza hace depender lo que él denomina educación "noble". Por raro humor de su imaginación in-

quieta no duda en glosar las heroicidades de Julio César y de Napoleón... No importa. A pesar de todo, los genios de la humanidad, que han devastado o ensombrecido la morada del hombre con sus desmanes autoritarios y su violencia organizada, no pasan de ser unos "nobles" facinerosos, unos cobardes que asientan su poder en la inconsciencia de las multitudes que los veneran y obedecen ciegamente. La superioridad real sólo puede apreciarse de hombre a hombre, en plena desnudez, luchando cada uno con sus propios recursos naturales, ingénitos. Desde el momento que un hombre quiere esclavizar a otro, se viste, se *civiliza,* inventa la argucia, atiza la lucha del odio, pierde su inocencia prístina y sistematiza la tiranía social en todas sus formas de rudeza y de hipocresía, creando el dogma, el privilegio, el orgullo y la ambición, con todo el contubernio de la exaltación de las más feroces pasiones, que se concretan en la manifestación perenne de la vesanía humana.

Si a los hombres representativos les sacamos el boato de que se rodean, o los rodean la ignorancia y el servilismo, ¡qué débiles nos resultan!... ¡Son simples mortales como todos!... Así vemos que, cuando la cólera de los sometidos se desenfrena e invade los palacios de sus majestades, éstas se echan a temblar, huyen despavoridas y abandonan sus derechos divinos y legales. De aquí se deduce que en la sociedad existe latente la ley de equilibrio y que toda revolución tiende a hacerla valedera por medio de compensaciones más o menos próximas al orden natural, aunque luego estas compensaciones se desvirtúen nuevamente en el orden político dominante que quiere mantener su fuero a toda costa, disfrazando siempre la evidente tiranía en que se apoyan los gobiernos de los pueblos de cualquier color que sean.

La vida, la voluntad de vivir, no puede ser una constante violación al derecho de los demás, so pena de sufrir consecuencias inarmónicas. La explotación del hombre por el hombre es el origen de todos los cataclismos que sufren las organizaciones sociales, y es un peligro efectivo, contundente y omnímodo de discordias y querellas sangrientas.

Hay una ley biológica bien establecida, y es que los seres no luchan por destruirse, sino por adaptarse y prosperar. Sólo el *homo sapiens,* con sus ideas abstrusas, pretende trastrocar el orden de la naturaleza, suicidándose poco a poco cada día de su miserable existencia. Y así, el orden autoritario se sostiene, en las sociedades jerarquizadas, en la fuerza artificial, en la implacable vanidad y en la constante mentira que ciega y encenaga las más puras linfas de la vida.

La fortaleza, el vigor, la superioridad del hombre no se pueden medir por las riquezas que ha acumulado por la expoliación. Fisiológicamente, poco o nada vale ese capital, e intelectualmente, la astucia rapaz y el parasitismo que de ella se deriva, no pueden constituir la nobleza ideal.

Estas consideraciones pueden parecer fuera de lugar si recor-

-damos que Nietzsche pareció ensañarse contra el ideal libertario, diciendo que sus cultores "hacen tan poco daño al gobierno como los inmoralistas a la virtud". En cambio, añade que es preciso "tirar sobre la moral". He aquí una de las contradicciones del filósofo, si quien lo lee no se toma el trabajo de meditar estas palabras.

¿Por qué Nietzsche parangonó la decadencia del cristianismo con la de aquel ideal? A nuestro juicio, porque en ambos vió un dogmatismo, pues mientras el cristianismo difama al mundo o promete la recompensa eterna a los que abrazan su doctrina con fe viva, el ideal libertario, tras de cruentas luchas con la sociedad de las jerarquías, también abriga la creencia de una sociedad futura, que él se imagina bella y justa para todos los que en ella colaboren con buena voluntad solidaria. Esta buena esperanza latente, le pareció al filósofo un motivo pueril y religioso. Por eso, sin duda, satirizó, no a la filosofía libertaria en lo que ella tiene de perdurable, de impulso renovador y creador, sino a los militantes de criterio unilateral, que clasifican, definen, sistematizan y limitan la idea, aun contra su propia voluntad. No vió Nietzsche, o no supo ver, al prototipo del hombre libre que aspira a superarse para vivir más armónicamente en sociedad, lo cual le lleva, no a la calumnia o a la difamación, sino a un esclarecimiento siempre creciente, apoyado en la crítica serena, de la sociedad impositiva y de los falsos valores en que se sustenta. El no se erige en juez absoluto, estableciendo culpabilidades inapelables. Discute y propone, combate las imposiciones, precisamente porque es un entusiasta de la vida.

En consecuencia, no demos demasiada importancia a la letra y tratemos de explorar el espíritu. Si no fuera demasiada audacia, podríamos resumir la filosofía de Nietzsche en esta sentencia:

Los instintos no se razonan, se satisfacen. La moral que dicta reglas generales es, por tanto, inútil, puesto que las inclinaciones a la dominación o al sometimiento proceden de la idiosincrasia individual, por la que cada uno obra de acuerdo con su propia vitalidad. Las abstracciones que niegan o atentan contra los derechos inmanentes a la existencia sana, libre y creadora, son frenos que retardan la evolución natural del hombre, y éste debe ser dinámico, si realmente quiere afirmar bien su planta sobre su reino, la tierra.

Para llegar a este resultado, que requiere esfuerzos sostenidos, es preciso tener el ideal del superhombre, no precisamente por medio de las paradojas de Nietzsche, sino estableciendo términos razonados de comparación entre el subhombre y el hombre que conocemos. Indudablemente que en todas nuestras investigaciones hemos de apoyarnos en la cultura que dé siempre resultados armónicos, proposiciones de tendencia universal, que no destruyan, sino que afirmen el ritmo del individuo con el de la especie.

Ahora nos sirve el pensamiento concreto de Nietzsche, que dice: "La cultura y el Estado son antagónicos; lo que ha sido grande en el sentido de cultura, ha sido no político; más todavía: antipolítico."

Por último, proclamemos con él la necesidad de "ayudar a desaparecer a los débiles y a los fracasados".

Y, sobre todo, si queremos sacar verdadero provecho de la filosofía de Nietzsche, no olvidemos jamás que él afirma toda su autoridad espiritual en la paradoja: "Sus afines, los que mejor lo hayan interpretado, serán los que más pronto lo abandonen".

COSTA ISCAR.



ME DA LLON HU MIL DE

Sólo en su carne florecida en hijo
palpó la estrella de su vida oscura
y ante la cuna, tal a un crucifijo
plegó su voz en gesto de ternura.

¡Prodigiosa actitud simple y devota!
cual la curva del agua en una gota!

Y sublimado así como una santa
su corazón ardió tras los cristales
de un ensueño feliz que Dios imanta
de amor y fe y cánticos pascuales.

Amor tan grande como el suyo, pudo
—maravillosamente desceñido—
ser la copa de un árbol que desnudo
de flores, ¡frente al sol sostiene un nido!

VER SOS A E LLA

¿Ves?... Llegan los días sin ningún amparo.
de luz para tus ojos y los míos;
y tu conformidad de árbol sin hojas
hace que prevalezca mi cariño.

Más desnuda, es mi noche, más desierta
de rumbos nuestra ruta se perfila,
tu risa al optimismo va cual agua
de acequias entre los dedos de la vida.

Y nos amamos más y te amo más
porque en tus manos brinca como un alba
un signo de bondad que es frontispicio
de alegría y de sol para mis lágrimas.

Y esa conformidad de árbol sin hojas
que hace que prevalezca mi cariño
tiene canción de pájaro en tus labios
y caricia de Dios en tu optimismo.

JOSE PORTOGALO.

La aspiración gigantesca de la plasmogenia

LO que es la química es la vida.

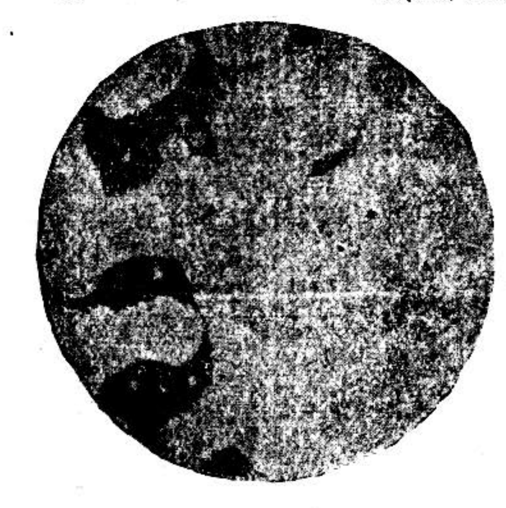
Una fórmula, un procedimiento de preparación del protoplasma viviente provocará en el mundo la mayor de las revoluciones y evoluciones.

Sometiendo el aldehido fórmico en solución o formol a los vapores de sulfuro de amonio y después a los que desprende el ácido nítrico de una concentración de 16º Baumé, mediante una técnica poco complicada, se forma una substancia coloidal, orgánica, el sulfoaldehido metílico, más o menos polimerizado, y que después se nitra y oxida.

Primero toma el aspecto de células, tejidos, esporos, protoplasma alveolar o espumoso. Ya que está enriquecido en ázoe, más parecido todavía al protoplasma natural por su composición química, pues tiene carbono, oxígeno, hidrógeno, ázoe, fósforo, sales, agua, afecta el aspecto microscópico de seres vivientes en actividad, sobre todo de amibas o amebos, protozoarios rizópodos, que difícilmente podrían distinguirse de los naturales, y que se mueven y deforman lentamente, produciendo seudópodos hialinos y aun, en un caso que he observado, mostrando la figura de la cariocinesis y tiñéndose con hematoxilina.

En el "Scientific American" de enero de 1931, en "Protoplasma" de Berlín (en publicación) y en varios otros boletines, he dado a conocer estos resultados, que parecen comprobar la teoría fotosintética del origen de la vida, a partir de la reducción del bióxido de carbono por la luz solar y en presencia de nitritos, aguas, sales, etc. Es muy probable que la vida apareció por un procedimiento semejante.

Ya con estos resultados, los Colpoides que preparo y se persiguen y atacan en tremenda lucha vampiresca, y teniendo en debida consideración los grandes hechos de la ciencia moderna, la biología, la fisicoquímica y la química, estamos autorizados para delinear la aspiración gigantesca de la Plasmoge-



Amebos artificiales de sulfoaldehido metílico.

(Aumento: 144 diámetros)

nia o ciencia del origen del protoplasma, sin fijación de época, pues ya sabemos que los progresos en los laboratorios pueden ser lentos o rapidísimos, como relámpagos.

Y bien, la Plasmogenia aspira a fabricar primero seres inferiores completos y sencillos, amebos y bacterias autotróficas y otros microorganismos que produzcan la materia orgánica por sí mismos.

Ya se está obteniendo, repito, este resultado, a lo menos en parte.

Más adelante se producirán los metazoarios y metafitos, los invertebrados superiores, luego los vertebrados y por fin, una humanidad, si así ha de llamarse, superior a la actual, sin los funestos atavismos de las fieras, moral y físicamente bella, helénica, de genios, artistas, sabios y filósofos, entes inmortales, acumulando la cultura y dones de los siglos, emigrando por el espacio a otros mundos desconocidos, libertados de la tiranía, el dolor, la angustia, la desesperanza; con sentidos como el ojo eléctrico y los micrófonos, auscultando la sombra eterna de donde viene todo, con el microscopio de las tinieblas, con el termómetro y el barómetro del éter, luminosos y tal vez intangibles.



Células y protoplasma de sulfoaldehido metílico.

(Aumento: 144 diámetros)

Cuando se imita a la naturaleza se le supera, y la locomotora, el aeroplano, el submarino, el radio, los grandes inventos, son maravillosos y muy superiores a los medios de locomoción naturales del hombre, de comunicación antigua, de internacionalismo primitivo.

Las filosofías, los vetustos dogmas religiosos, las guerras fratricidas, el tormento de la miseria y del hambre serán entonces desconocidos y el planeta nutrirá una colonia de titanes, poetas, sublimes y geniales pensadores, desapareciendo para siempre la enfermedad, el dolor y la muerte.

No debe olvidarse que los superhombres futuros, en época lejana, se producirán a partir de los óvulos artificiales, construidos según los estudios de Brachet y otros biólogos y físico-químicos, y no por arte milagroso o magia, apareciendo de súbito, como los fantasmas de las vistas cinematográficas.

Todos estos inauditos progresos se obtendrán por medio de la química, el conocimiento más profundo de las proteínas y nucleinas, lipoides, etc., y mediante los métodos racionales y técnicos de la Plasmogenia del porvenir, cuando se construyan los colosales laboratorios e institutos futuros, donde será substituida la naturaleza actual por la que se fabrique según las necesidades de los pueblos y la voluntad de los hombres.

En esos remotos días, tal vez algún anticuario o historiador minucioso llegará a descubrir, en la neblina del pasado, que nosotros viviamos aislados, trabajando en el laboratorio más pequeño del mundo y uno de los más pobres.

Prof. A. L. Herrera

México, abril 6 de 1931.

❁ ❁ ❁

IMPORTANTE

Debido a la gran cantidad de originales recibidos, nos vemos obligados a pesar nuestro, a dejar para el sumario del próximo número colaboraciones, entre otros, de: Pedro B. Franco, Alvaro Yunque, Juan Lazarte, Pedro Godoy, Edgardo Casella, Leonidas Barletta, Campio Carpio, Sauret J. García, Julio Dorraine, Antonio Barrot, M. P. T.

APORTE AL ESTUDIO DE LA PSICOANALISIS

III

Consideraciones sobre el recuerdo

SIGUIENDO nuestro artículo anterior, en este somero y, tal vez, deshilvanado ensayo, nos aventuramos a adelantar, a título de respuesta, que la causa originaria del soñar es externa y actúa sobre el sujeto, y ahora hemos de agregar que el soñar mismo no se efectúa en estado de reposo, vale decir, estando dormido.

Sucede, en cambio, desde el instante que la causa externa altera nuestro reposo físico, y hasta el momento que adquirimos, o readquirimos, completa conciencia del nuevo estado de vigilia a que nos conduce. Tal como sucede, por ejemplo, en una situación grave e inesperada, que nos obliga a una rápida decisión, y en cuyo instante varias ideas se agolpan y desarrollan independientemente entre sí, incluyendo acciones diversas de distinta duración y significado.

La mayor o menor amplitud, pues, que le asignamos a lo soñado y que nos induce, más por rutina que por análisis, a retrotraer el origen del sueño, es, no ya el que hubiera requerido su real y ordenado desarrollo, sino el tiempo que cada uno le supone necesario, con ligeras variantes de apreciación (de origen consciente), que restan o conceden importancia a tal o cual detalle, en base a la finalidad que persigue y cuya influencia, incluso, puede escapar al contralor que se cree realizar.

Además, en esta creación de imágenes visuales en que consisten los sueños es donde se evidencia, con cierta fidelidad, el grado de sensibilidad psíquica (anormal) alcanzado por el sujeto, pues que cada imagen corresponde a una sensación externa que el sujeto, si le es posible, interpreta valido de su propio conocimiento.

Conviene tener presente, para mejor comprender cuanto antecede, que en principio no concedemos valor alguno al simbolismo, pues que éste tiene un valor conferido. Y no nos preocupa el hecho cierto de que coincidan los símbolos en la elaboración onírica, tratándose de personas que ignoran su sentido y hasta su existencia de tales, desde que se demuestra en todos los casos que dichas personas reemplazan con objetos determinados las funciones análogas o similares que ellas les asignan, y este raciocinio en base a conocimientos adquiridos. Prueba de ello es que muchos coinciden en soñar ferrocarriles, pongamos por ejemplo, y no hay mención de que haya sucedido esto antes de la invención de la máquina. Igual sucede con la radiotelefonía, televisión y otros inventos más recientes.

Y nos hemos referido a una sensibilidad psíquica, anormal por lo demás, como causa de las imágenes soñadas, porque, precisamente, en esta capacidad de sentir está condensado, a nuestro entender, todo el

problema del psicoanálisis, y, en otro sentido, la mejor aplicación de la psicología. Se infiere de lo dicho que un organismo perfectamente sano (que reputamos el ideal de la especie), no habría de soñar, forzosamente.

Sin embargo, antes de otras consideraciones, observaremos que del sueño queda un recuerdo más o menos nítido, más o menos persistente, y esta facultad parecería demostrarnos la existencia del alma o espíritu, ya que es factor de inteligencia, y como no lo entendemos así, explicaremos aquí lo que nos sugiere la observación de sus aparentes manifestaciones.

Nos particularizamos, además, sobre el recuerdo, ya que éste es de correlativo desarrollo y simultánea manifestación a aquella sensibilidad, y ambos son característica, externa diríamos, del proceso anormal que supone toda condición adquirida.

Sucede en el niño un caso, no por curioso menos contradictorio: que la facultad retentiva de su memoria es deficiente, cuando debiera ser todo lo contrario, pues que ella estaría virgen de sensaciones y debiera conservar indeleble la huella de sus primeras experiencias y exteriorizar su recuerdo, en la edad adulta, con señalada preferencia o, por lo menos, sin dificultad alguna. No sucede esto, por cierto, sino que no se consigue recordar algo o lo conseguido es fraccionado y de insignificante importancia, no obstante que predomina su manifestación.

Sin embargo, si observamos al niño desde su nacimiento, en el acto de alimentarse, sobre todo, comprobaremos que realiza entonces acciones perfectamente mecánicas, sin que pueda suponerse que tiene conciencia de ello. Más bien se demuestra que no la requiere y precisa.

Si llamamos inconsciente a esta actividad mecánica, para mejor diferenciarla, vemos que la llamada consciente correspondería a los actos conceptuados inteligentes. Pero esta inteligencia no encuentra, al principio, comprensión en el niño, no obstante haber realizado ya acciones vitales sin tener conciencia de ello.

Se demuestra, pues, que ciertos actos necesarios a la vida se manifiestan por vía natural, en un orden de reacción mecánica. No así los inteligentes, y este nuevo resultado que obtenemos involucra el proceso más interesante y, tal vez, el menos apreciado del psicoanálisis.

Ello significa que dicho proceso se realiza en base, primeramente, a reacciones mecánicas, pero motivadas en múltiples factores de coacción extraña, tales como la voz, la mirada, el gesto, el ademán, el golpe, etc., y luego por función automática en el mismo sujeto, cuyo ejercicio fomenta, a su vez, mayor degeneración que la impuesta y depende de ella, finalmente.

Correlativo a esta degeneración psíquica, que supone mayor sensibilidad, y siguiendo su gradual desarrollo, se manifiesta el recuerdo, para el cual no habría que asignarle un lugar a cada uno en nuestro psiquismo, por la sencilla razón de que habría que disponer de uno para cada instante de vida, pues que cada uno de éstos significa un ejercicio y una nueva experiencia.

El recuerdo no supondría ser, entonces, más que la reacción pre-

sente de nuestra lograda capacidad psíquica a una influencia externa, de igual naturaleza, que nos produce idéntica sensación a la pretendidamente evocada. Sería una reconstrucción, independientes una de otra en absoluto, en cuanto a sus causas determinantes, aunque relacionadas entre sí por el nexo de su común degeneración: primeramente, impuesta (condición adquirida); luego, atávica (función automática), que pudo motivarlas.

Prueba de ello es que lo circundante que no comprendemos no nos afecta sino por su forma, porque ésta produce reacción mecánica. El hecho de llegar a comprenderlo supone imposición previa de conocimiento, y esta imposición, como acto anormal, produce el desequilibrio que habrá de traducirse en sensibilidad psíquica. Pero esta sensibilidad no resulta espontánea en su origen, y siendo su consecuencia obligada la facultad del recuerdo, éste, por sus múltiples fases o alcance, nos daría la pauta de la decadencia de su naturaleza en el sujeto. Y no olvidamos que el recuerdo es característica del conocimiento.

Considerando estos dos aspectos como expresión de conciencia, deducimos de ello el carácter transitorio que es forzoso asignarles en la evolución de la especie, pues que lo consciente es lo anormal y lo que entendemos por inconsciente, en cambio, es cuanto por ley biológica se perpetúa como característica ineludible del individuo, y a cuyo predominio tiende, en todos los terrenos, el propósito esencial de la elevada cultura. Parecería obvio agregar que a esta transitoriedad no es posible asignarle límite en el tiempo, aunque sí debemos reconocer que habría de influir en su menor término el intensivo desarrollo de la cultura.

Todas estas consideraciones, que aplicamos en el campo de lo psíquico, nos dan, asimismo, la clave de ciertos hechos inexplicables a que antes nos referíamos al tratar de las notorias deficiencias que se observan en la memoria del niño.

Si en el estado primario de nuestro desarrollo orgánico una determinada sensación externa produce la correspondiente impresión, no significa ello que sea preciso igual sensación en el adulto para reconstruir idéntico efecto, porque la mayor sensibilidad lograda por su forzoso ejercicio (ya que no se substrae al mismo), lógicamente ha de requerir menor intensidad de causa. En contraste, el hecho de que ciertas sensaciones percibidas en la edad adulta reconstruyan, no obstante, estados infantiles, significa, sencillamente, que aquel aspecto afectado no tuvo un desarrollo equivalente a los demás restantes. Se infiere, así, que un mayor desarrollo en cada aspecto de nuestra facultad sensitiva imposibilita reconstruir sensaciones primarias, por cuanto son absorbidas por la mayor capacidad lograda.

Parecería, sin embargo, al referirnos a aspectos, que éstos reemplazasen los lugares psíquicos a que alude Freud, y entonces no diferiríamos mayormente de cuanto intentamos impugnar.

Pero es fácil comprender que no sucede así, si consideramos que cada aspecto puede estar caracterizado por su correspondiente vibración, y éstas corresponderían por su intensidad o, más bien, por su esencia,

a los distintos fines de la educación. Los aspectos a que nos referimos derivarían de la mayor penetración, diríamos, de estas vibraciones o de su localización respectiva, de acuerdo a su naturaleza vibratoria.

El lector habrá de preguntarse, sin duda, qué sensibilidad, qué facultades psíquicas son éstas de que dispone el hombre y que logra, aún, transformarlas.

Y nosotros nos plantearemos, como anticipo del próximo artículo, este interrogante: ¿Está limitado el ser humano a su forma física, que nos es perfectamente visible?

V. FERNANDEZ CANTINA

❁ ❁ ❁

NO MÁS QUE UN PARIA

Un cuerpo, con el aspecto humano
encajado en tétrico uniforme.
Un arma homicida al cinto
y una expresión de fuerza en la mirada.

Y eso es autoridad, sin duda alguna,
y eso es poder y es ley y es orden
que respetarse debe a todo trance
con el respeto que un arma infunde.

¡Pobre guardián de la riqueza ajena!
Defensor de lo que nunca será tuyo,
ya que nunca saldrás de lo que eres: paria.

Pobre dos veces: por tu destino ingrato
de cuidador de un orden extraño e injusto,
y porque también te falta el pan, como a los otros...

KRAS.

POEMAS PARA ELLA Y ETERNIDAD

I — GRAVIDA

Serenidad de curva lunar hay en tu vientre,
tu vientre henchido y terso tiene mucho de proa
—las proas cortan siglos cuando no cortan mares,—
como en los mares—úteros de las tierras futuras—
el futuro se plasma dentro tu vientre.
Acaso
el salvador del mundo duerme sobre tu pelvis...

II — SEAMOS AMIGOS

Seamos amigos.
Ya vendrán los grises días de la vejez
y en nuestras bocas flácidas será el beso
un anacronismo.

Seamos camaradas,
para andar las últimas etapas del difícil sendero
con una recíproca solicitud de lazarillo.

(Pregunto:
¿De dónde vendrá el pan que hoy apenas traen mis manos
cuando los días pesen en mis espaldas como una
burjuleta?)

La esperanza y el amor hoy están con nosotros
somos novios, y amantes, y padres:
Para cuando los hijos se desgranen a propios horizontes
para cuando el amor sea en nuestras bocas flácidas
una ironía perdida en la tristeza del recuerdo:
seamos amigos, esposa.

ARISTOBULO ECHEGARAY.

En torno al origen del hombre

DESDE que el sentido crítico arraigó en la conciencia humana y no se avino más a conformarse con lo que se decía ser indudable y categórico, no ha cesado de formularse esta pregunta, que podría servir de epígrafe a este sumario bosquejo: ¿De dónde venimos?

Unos creen satisfacernos contestando pomposamente: "¡De Dios!", y otros afirmando que nuestro origen sólo puede estar en la tierra, y entonces ya no habría sido creada ésta para nosotros, sino que nosotros nos hemos originado porque ella existía.

Los primeros, los hombres de "fe", apoyan sus afirmaciones en los textos sagrados, por su procedencia divina, los que, a pesar de servir de base a distintas religiones (cada una de las cuales reclama para sí el honor de ser la única veraz, la realmente emanada de la voluntad de Dios, en tanto achacan a las demás restantes el ser vulgares patrañas inventadas por hábiles mistificadores), acusan algunas semejanzas.

Así, en el Génesis, libro de fuente divina y cimiento de las religiones hebraica, cristiana y mahometana, se dice en el capítulo I, versículo I: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Más adelante, en el versículo 27 del mismo capítulo: "...y crió Dios al hombre a su imagen, etc...."

En el Korán, libro del profeta Mahoma, también dictado por Dios, se lee en el capítulo II, versículo 19: "...adorad al Señor que os ha creado a vosotros y a vuestros padres, a fin de que le temáis".

Los habitantes de la Malasia, contaminados en sus creencias por la influencia koránica, dicen, para explicar la creación: "¡Kun!, dijo Allah. ¡Kun!, repitió Muhammad. Entonces el cielo y la tierra fueron creados; la tierra del tamaño de un plato, el cielo grande como un quitasol".

Según el libro sagrado de la religión brahmánica, "Las Leyes de Manú", practicadas por los hindúes y otros pueblos, parte I, versículo 8: "Habiendo resuelto (Dios) hacer emanar de su substancia las diversas criaturas, produjo primero las aguas en las que depositó su germen", de cuyo germen devino después toda la creación.

Y en la mitología griega, según Hesiodo: "Antes que todas las cosas fué Caos y después Gea, la de amplio seno".

"Y primero parió Gea a su igual en grandeza, al estrellado Urano, con el fin de que la cubriera por entero y fuese una morada segura para los dioses dichosos." Estos dioses y semidioses nacen, después, de ella, y de ellos los hombres.

Tal como puede verse, en todas las religiones — y no citamos más por no ser prolijos — se conviene en asignar la creación a un ser superior, antropomorfo (de forma humana), en mayor o menor grado, según el nivel de cultura alcanzado por el pueblo que las anima.

Nos es muy penoso ver la puerilidad de tales teorías — digamos

revelaciones, para no molestar a los creyentes encariñados con su fe,— forjadas cuando la especie amanecía a la racionalidad y no podía concebir la creación de otro modo que mediante un obrero excepcional, modelador de las formas, cual un alfarero o un artífice.

Y para no detenernos mucho en razonamientos metafísimos,con los cuales habríamos de invalidar cuantas objeciones pudieran oponérsenos, acudimos a la ciencia geológica, que, por sí sola, echa por tierra todas las concepciones religiosas relacionadas con la creación del mundo.

Un período de quince mil años nos bastaría para abarcar holgadamente la fecha de creación del Universo, según cualquiera de las religiones aludidas, y sin embargo, la edad de nuestro planeta, de acuerdo a los últimos descubrimientos, pasa de los mil millones de años, con lo cual quedan muy atrás todas las teorías místicas.

Y nuestro planeta es un niño, si lo comparamos con el sol, quien, a su vez, tampoco ha pasado de la edad primera, con relación a otros soles y a otras estrellas, cuya formación data de épocas tan remotas que la cifra equivalente a su edad aproximada se hace incomprensible para los no habituados con la matemática pura.

Ni vamos a detenernos tampoco en el análisis de la cosmología (ciencia del universo), porque no es ese nuestro objetivo, sino en la antropología y de paso, muy someramente, a la paleontología.

Según los zoólogos, el antropo u hombre es el punto culminante de la escala de los vertebrados, que representan la avanzada de la vida animal.

A partir de los descubrimientos de Darwin, continuados por sus discípulos, a pesar de haber surgido infinidad de nuevas cuestiones y pareceres diversos, cuyos pormenores importan a los especialistas, porque, en el fondo, no alteran fundamentalmente la doctrina, está incontrovertiblemente demostrado que el hombre guarda un estrecho parentesco con el mono, algunas de cuyas especies superiores representan como el grado familiar de primos nuestros, de donde se deriva, no de que el hombre desciende del mono, según es opinión vulgar, sino que pertenecemos a una especie superior que, avanzando ininterrumpidamente, ha llegado al grado actual de desarrollo y cultura.

Ahora, veamos cómo explican los sabios la evolución del hombre.

Desde la época en que nuestro planeta quedó integrado y localizado en el espacio infinito hasta su enfriamiento y consolidación, y antes de que la atmósfera se librara de los gases que hacían imposible la vida orgánica y las aguas, al replegarse a sus cuencas, dejaran descubiertas las extensiones de suelo que con ligeras variantes poblamos hoy, transcurrieron cientos de millones de años.

Las primeras manifestaciones de vida, sí que bajo formas simples y primarias, debieron tener lugar en el período denominado Cámbrico. Tal vez, hace quinientos millones de años.

A este período suceden el Silúrico, el Devónico, el Carbonífero, el Pérmico, el Triásico, el Jurásico y el Cretáceo.

A través de todos ellos, cada uno de los cuales comprende decenas de millones de años, se fué desarrollando la fauna desde las

escalas más inferiores, como los gusanos e infusorios, hasta los peces. reptiles, aves y mamíferos.

Algo semejante ocurrió con la flora, produciéndose aquellos bosques gigantescos que originaron las actuales cuencas carboníferas, al mismo tiempo que se sedimentaron las fabulosas cantidades de crustáceos y moluscos que son la fuente del petróleo, las dos energías arrancadas a la tierra por el hombre y que constituyen hoy la sustentación de nuestro sistema maquinístico.

Al comenzar el Terciario, las condiciones climatéricas cambiantes han modificado la vegetación, y según el sabio rumano Sanillievici, los mamíferos del Mesozoico, nombre con que se designa a la era intermedia, obligados a un radical cambio de modos de vida para adaptarse al ambiente, se transformaron en "lemúridos", mamíferos arborícolos, que se nutren durante la noche de insectos y caracoles. Los represententes actuales son los "quiromís", de Madagascar, los "galeopitecos", los ''mokks'' y otros.

Más adelante, en el Oligoceno, sobrevinieron otros cambios térmicos, siempre hacia abajo, y desapareció la flora del período anterior, obligando a los lemúridos a nutrirse de frutos, transformándose en simios.

En el Plioceno, la temperatura siguió descendiendo progresando en consecuencia las plantas y árboles de climas próximos al nogal, y el antropoide "pliopithecus", alimentado de bellotas y otros frutos análogos, empieza a nutrirse de nueces y evoluciona hasta el "driopithecus".

No se olvide que cualquiera de los períodos geológicos ha durado cientos de miles de años; luego, la diferencia en los hábitos ha podido imponer muy bien las nuevas características.

Durante el Pleistoceno, cuya duración mínima se calcula en 250 mil años, siguió bajando la temperatura, y esta fué la época en que aparecieron las formas elementales de la humanidad, esto es, hace aproximadamente 800 mil años.

Siguiendo el descenso térmico, llegamos al período Glaciar, que comprende el tiempo entre los 600 mil años y los quince mil antes de nuestra era, o sea, hasta la última época de la prehistoria.

En estos 600 mil años, y con climas hostiles, el hombre primitivísimo, el ''homunculide'' del Pleistoceno, poco más avanzado que algunos tipos de monos actuales, ha debido sostener una constante lucha con la naturaleza, en la que salió triunfante gracias a la necesidad que fué desarrollándole el ingenio, que le obligó a valerse de elementos circundantes, como la piedra, para arrojarla y alcanzar los frutos altos, para defenderse, para cortar (hacha de silex), para descubrir el fuego (pedernal); y construyó las primeras cuevas en la entraña de la madre Tierra, y creó la familia, luego el clan, después la tribu; cazó, pescó, domesticó animales y se hizo, sucesivamente, pastor, agricultor, alfarero, artista, etc.

Llegamos, pues, a los 10 mil años antes de Cristo, con una prehumanidad cargada de atavismos feroces, temerosa de todo cuanto

no puede dominar o comprender, y nacen las primeras religiones, en las que los hombres crean a los dioses a su imagen, y cuyos dioses, al correr del tiempo, se trocarían en los creadores del mundo, según se ha visto al comienzo de este ensayo, y siguen siéndolo varios milenios más.

En tanto, la cultura se abre camino, y el "homo sapiens", el pariente cercano del simio, se hace rey de la creación, y ansioso de saber, se lanza a la conquista de las categorías absolutas, la Verdad y la Razón de Ser de todas las cosas.

Isidoro AGUIRREREÑA.

✿ ✿ ✿

MA ÑA NA

¡Ah!...
El desperezo toca el botón
y automáticamente sale el bostezo.

Sentado en la cama,
retuerzo mi cuerpo en una espiral;
los brazos sobre mi cabeza,
tienen la tensión elástica de un animal.

Me levanto; camino;
voy hacia el Norte que marca mi brújula;
pero la mañana,
me produce el cansancio de la S mayúscula!

DANIEL MALLO LOPEZ.

DE SE O

Cuando la vida era como un trompo de música
danzando, jubiloso, en la orilla del Tiempo,
los días ascendían con placidez de auroras
y manos candorosas acunaban mis sueños.

Después, cuando en la marcha hice un alto, indeciso,
y como un punto vano en la niebla giraba,
descubrí un horizonte a lo lejos perdido,
¡y me acunó en sus brazos nuestra madre Esperanza!

Ahora que el hastío el cansancio condensa
y con miedo en la cueva de los años me interno,
¡sólo espero que cuando me reintegre a la tierra,
disgregado en silencio, me acune tu recuerdo!

A. VAZQUEZ ESCALANTE.

Lo que no se dice

UNA particularidad existe en los países de América que habrá atraido la atención del observador medianamente atento.

Nos referimos a las "ideas exóticas", denominación con que algunos sabihondos pretenden menospreciar cierta corriente ideológica, y a su aparente despreocupación por las mismas, con lo que se quiere significar algo transplantado, que no tiene arraigo posible, ni merece ser tomado en cuenta.

Como que, según estos seudos críticos, tales ideas exóticas son exclusivas de Europa, por sus países convulsionados por la guerra, poblados con exceso y con regímenes tradicionales de opresión y obscurantismo.

No corresponden a América, dicen, ni merece tal flagelo, por su extenso territorio, su escasa población y el sentido liberal de sus instituciones democráticas.

En oposición a esta conducta displicente, que sugiere demasiado por lo prevenida, no escapa a ningunó el ensañamiento con que se invocan las "ideas exóticas", precisamente cuando se trata de sembrar prevenciones o crear desprestigio en torno a ellas.

Vano empeño, por lo demás, porque cualquier cerebro equilibrado comprende que éstas no sufren desmedro por las reacciones individuales que motiva, que son originadas en la propia capacidad, y ajenas, por tanto, al determinismo de cada uno, sino atendiendo al sentido y finalidad social que encierran.

Y como no es concebible confiar en el mesianismo, que nos proporcione hombres providenciales, que nos eximan de pensar por cuenta propia, sino que debemos atender a la propia liberación raciocinando con pleno conocimiento en cada caso, he aquí por qué nos preguntamos alguna vez qué podría temerse, por qué se teme tanto a esas ideas extrañas a nuestro desenvolvimiento... y qué ideas son ésas, de tan temible contenido, que todos enuncian recelosamente y ninguno explica con relativa claridad.

Al final, vamos comprendiendo. Y nos sorprendemos.

Pues es lo cierto que mal pueden chocar con nuestra idiosincrasia ideas de libertad, que esto pretende lo exótico, cuando hasta nuestros remotos antepasados, el indio y el gaucho, ya sabían galopar, libres de coyundas y tutelas, en caballos de nadie, sobre la pampa inmensa, desprovista de tranqueras y alambrados.

Poco debiera temerse de esas "ideas exóticas", que no parecen serlo tanto a nuestro carácter, si los regímenes de opresión y obscurantismo de la Europa reaccionaria no se hubiesen impuesto despiadadamente sobre la vida sencilla y patriarcal de los aborígenes, anulando el desarrollo de su civilización y desplazando sus normas libertarias con el privilegio y la esclavitud que ellos trajeron.

Por eso que, en la evidente desorientación que los ciega y atonta, parece más cómodo ignorar nuestro problema, que es remedo fiel del problema de Europa. Y necesita de los mismos remedios heroicos que ella intenta para liberarse del lastre que la agobia.

Hemos copiado, con preferencia, todo lo malo y servil que ella pudo engendrar; desde el inhumano y rígido código romano hasta el último adelanto para la guerra, además de toda la literatura que pretende justificarlos, y no queremos aceptar, aun con sorpresa, que la enorme falange de los oprimidos nos envíen el aporte de su trágica experiencia, para liberarnos también nosotros, en un común anhelo de redención social.

Y porque América es, ciertamente, más extensa, menos poblada y con instituciones que blasonan de un origen más liberal que Europa, y se sufre, no obstante, la misma ausencia de tierra, su escasez de sustento e idénticas opresiones, es tanto más grave comprobar este resultado, si se considera la ínfima totalidad numérica de sus castas privilegiadas y la mayor falta de sentido de humanidad que las caracteriza.

No son, pues, las "ideas exóticas" lo que más deben temer los timoratos, que lo son menos de lo que parecen.

Antes al contrario, importa explicarlas ampliamente para hacerlas comprensibles, pues, merced a esto, se logrará que todos las desechen, si son rematadamente malas.

O que las acepten, si algún beneficio pudieran reportar a la colectividad...

V. P. Ferrería

Deporte y Educación Física

HAY un problema que data de algunos años y que comienza con la observación de los primeros accidentes producidos durante las prácticas deportivas, unidos a consecuencias más o menos tardías y de gravedad variable, y continúa más adelante con las manifestaciones de incultura que caracteriza ciertas manifestaciones de esta naturaleza, ocupando sucesivamente la atención de deportistas, naturistas, médicos y sociólogos, que aún no han llegado a ponerse de acuerdo. Se trata del deporte y su relación con la educación física.

Hay por un lado quienes practican y defienden con todo calor y entusiasmo su deporte favorito. Frente a éstos, se oponen consideraciones razonables de quienes ven en tales prácticas desvirtuar la educación física.

En esta polémica, los unos esgrimen el ejemplo edificante de una serie de atletas espléndidamente constituídos, como argumento decisivo en favor de la tesis que sostienen. Los otros, presentan una terrorífica estadística de individuos que vieron, malogrados por la adopción de tales sistemas. El deporte es bueno, dicen los primeros; es malo, claman los otros.

Puesta esta contienda singular al arbitraje de la observación científica y la experimentación, sucede un hecho común en divergencias de esta naturaleza. No hay vencidos ni vencedores. Ambas partes tienen razón.

Ni la educación física está limitada a una serie de movimientos elementales de los miembros y del tronco, ni la sola práctica de algún deporte basta para satisfacer las necesidades de una educación racional.

Educación física es la acción metódica, ordenada, continua y progresiva a que se somete un individuo desde su nacimiento hasta su completo desarrollo, con el objeto de hacerle adquirir el máximum de eficiencia, anatómica y fisiológicamente considerado. Acción que continúa con las mismas características, si bien con modalidades distintas, hasta su muerte, para conservar y hacer más duraderos los caudales adquiridos.

Para conseguir este objeto hay que emplear todos los recursos de la higiene: vestidos, alimentos, aire, luz, sol, agua, reposo y movimiento. Tócame hablar de lo mencionado en último término.

El movimiento es un factor higiénico y terapéutico de importancia extraordinaria, cuya eficacia depende de su aplicación científica y acertada. Su empleo, en cualquiera de sus formas y manifestaciones, a los fines de la cultura física o de la medicina, requiere el contralor y la intervención inteligente del kinesiólogo.

Se denomina ejercicio físico todo movimiento activo ejecutado con

fines higiénicos o terapéuticos. Deporte es todo ejercicio efectuado con una idea de lucha, ya se trate de superar un esfuerzo o de vencer un rival.

Los ejercicios, con referencia a su modalidad, pueden ser fisiológicos o naturales y gimnásticos o artificiales; existe una categoría intermedia, denominados mixtos, que poseen los caracteres de las dos anteriores: en ella están comprendidos el atletismo y los deportes.

Los ejercicios físicos varían notablemente por su mecanismo, por la cantidad y calidad de trabajo, por la velocidad de los movimientos, por la intensidad del esfuerzo y por sus efectos fisiológicos. Su aplicación individual, aparte de la atención relativa al sexo y a la edad, depende de condiciones biomecánicas, antropométricas, fisiológicas y psicológicas que solo un técnico puede determinar.

Podemos considerar el proceso de educación física como una serie de peldaños sucesivos que deben escalarse uno a uno, y de los cuales el deporte vendría a representar el último de todos. Cualquier intento de llegar a éste saltando por encima de los otros es peligroso para la salud. Significa un esfuerzo demasiado grande que el organismo no está en condiciones anatómicas ni fisiológicas de soportar, porque, precisamente, la preparación la da el ascenso normal, es decir, metódico y progresivo. En la Naturaleza nada se obtiene a saltos.

El kinesiólogo, cualquiera que sea el método que haya que emplear, debe determinar sus indicaciones sobre tres aspectos fundamentales:

La **educación respiratoria**, con especial atención al estímulo y regularización de las grandes funciones de la economía; el **desarrollo muscular,** con atención a los sistemas nervioso y ósteo-articular, y la **educación del esfuerzo,** para realizar ejercicios con mayor habilidad, precisión y economía. Se obtendrá, así, la sinergia funcional del organismo humano, poniéndolo en condiciones de adquirir un armonioso desarrollo de formas y de penetrar en la fase superior de la educación física: el estudio y aplicación de los deportes.

Pero, antes de lanzarse a las contiendas deportivas, en un afán de lucha y superación, hay que detenerse en el penúltimo peldaño, la faz preparatoria. Esta debe ser encarada desde su doble aspecto: la **gimnasia predeportiva** y el **entrenamiento,** es decir, valerse de una serie de procedimientos destinados a obtener del organismo humano el máximum de rendimiento con el mínimum de esfuerzo y peligro.

Los deportes, en sí, no son peligrosos, ni aún los más violentos. El peligro radica en las precipitaciones, en los errores y en los excesos.

¿Cómo puede el deporte ser contrario a la educación física, si es el elemento de que disponemos para hacerla más atrayente y eficaz, poniendo su nota de belleza, de alegría, de pujanza y animación?

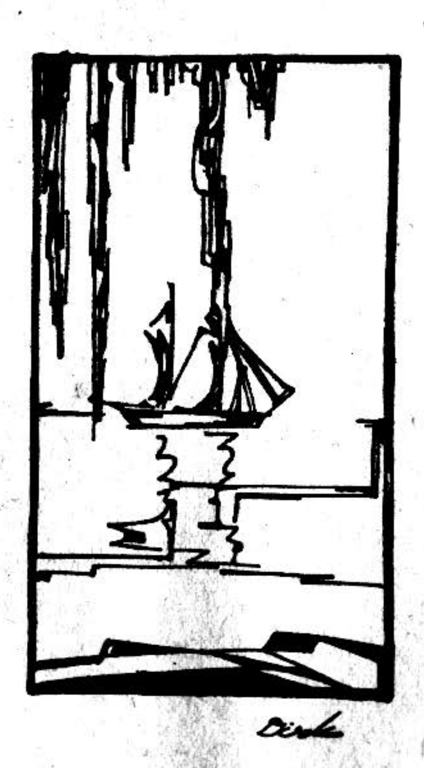
Desde el punto de vista psíquico, el deporte estimula aptitudes de valor inapreciable para la lucha por la existencia. Coloca al individuo frente a dificultades reales e imprevistas que lo fuerzan constantemente a resolverlas con rapidez, acierto y serenidad. Desarrolla, así, cualidades necesarias para una acción tesonera, hábil y entusiasta.

Desde el punto de vista social, constituye un factor valiosísimo de solidaridad humana. Destruye prejuicios de clases y de razas, exhorta

a la comunidad de esfuerzos y enseña a estimar los valores reales y nobles del adversario.

El fanatismo, los rencores y las manifestaciones hostiles propias de algunas grandes jornadas deportivas, no son producto del deporte. Provocadas, más por los espectadores que por los deportistas, son efectos de causas sociales no muy fáciles de determinar, pero a cuya extinción se llegará, no con la supresión de los deportes — expansión útil y saludable — sino con la educación de otras dos grandes facultades de la integridad humana: la inteligencia y el sentimiento.

Augusto Chertkoff.



Esperanto, ¿idioma artificial?

TENTADOS estábamos de comenzar estas líneas a la manera de ciertos esperantistas oficiales: "El esperanto es un idioma inventado por el doctor Luis L. Zamenhof en el año 1887. Nacido en Byalistok, Zamenhof..." Pero no. Se conoce suficientemente el *nombre* del idioma y el de su iniciador. En cambio, cuán grande es el error que existe respecto a él, en sus aspectos esenciales.

Se explica así por qué la mayor parte de las veces que se habla del Esperanto se incurre en inexactitudes. Los que lo combaten, aun sin conocerlo, se complacen en repetir: idea utópica e impracticable, idioma internacional que nadie habla, lengua artificial, etc. Por otra parte, los partidarios de él no siempre han logrado desprenderse de esa porción de fanatismo que se agrega a toda convicción profunda, y, a veces, han llegado a hacer afirmaciones no del todo aceptables.

En verdad, sería muy interesante poder escribir en esta revista sobre algunos aspectos del problema: por qué ha sido preferido este idioma a otros ensayos: la "interno ideo" de él; su difusión; las ventajas que reportaría su mayor utilización para el progreso y la paz, etcétera. Pero escribir con cierta amplitud de criterio, no haciendo afirmaciones categóricas, sino tratando de demostrar hechos irrefutables.

Hoy nos referiremos a la cuestión tal vez más discutida: ¿es un idioma natural o artificial?

Empezamos por descubrir un error fundamental. Se cree que un hombre, Zamenhof, lo *inventó*. Y que los esperantistas repiten todo lo que se le ocurrió a ese hombre. Si así fuese, el idioma sería, indiscutiblemente, artificial, por más natural que sea un hombre. Felizmente, no es así, y Zamenhof mismo jamás permitió que se le llamara *inventor;* sólo decía ser el *iniciador*. El, además de la gramática, sólo compuso un pequeño vocabulario, sabiendo que a pesar del sistema de afijos que daban la posibilidad de formar infinidad de palabras con algunas raíces, ese pequeño vocabulario resultaría insuficiente. Tampoco aceptó, luego, la tarea de ampliarlo, de idear las palabras que faltaban, y a iniciativa suya, los esperantistas de todos los países comenzaron a aplicar los términos que les parecían más propios, de acuerdo siempre a la gramática. El mismo uso de ellos fué la mejor selección. Gracias a ello, el idioma posee una enorme riqueza de expresiones, que ciertamente no son artificiales.

Algo más ha hecho el iniciador, a pesar de su modestia. En sus trabajos originales, sus traducciones, y, sobre todo, en "Fundamento" y "Krestomatio", ha creado el alma del idioma. Le ha dado vida y personalidad propia, lo mismo que han hecho — permítasenos la com-

paración — Shakespeare, Goethe, Camoens, Dante, Cervantes, en sus lenguas nacionales. Por eso no es posible, para los que lo practican, pensar en otro idioma y hablar en él, pues aunque sus expresiones sean gramaticalmente correctas, no hablarán verdaderamente "en" esperanto. En un idioma artificial, todo dependería de la gramática.

Otra prueba irrefutable: Un idioma artificial sería un idioma muerto, estancado. El esperanto está muy lejos de serlo. Aun nos atrevemos a afirmar que ningún otro idioma se ha enriquecido, ha evolucionado como éste, en tan breve término. Al incrédulo, al que le parezca tendenciosa esta afirmación, le invitamos a que aprenda el idioma y lea los autores ya considerados clásicos, Kabe, Graboysky, Zamenhof mismo, y luego los compare con la literatura moderna. Admirará, ciertamente, la pureza del estilo de aquéllos, pero comprenderá también cómo el esperanto se ha perfeccionado desde entonces y cuánto ha de perfeccionarse aún.

Finalmente: una lengua natural es la elaborada por un pueblo, por sus características y necesidades. En el mundo hay miles de hombres que practican el esperanto, centenares de científicos y literatos escriben directamente en él o realizan fieles traducciones de las mejores obras de sus países, colaborando al enriquecimiento del lenguaje y su literatura.

¿Puede negarse la categoría de pueblo a esta homogénea expresión de los más diversos sentimientos e idiosincrasias de todos los pueblos?

¿Y puede negarse la grandeza de su esfuerzo, para un ideal de paz y mayor comprensión entre los pueblos?

A. MOROZOFF.



La mujer y la cuestión sexual

"El objetivo a que aspiramos con todas las fuerzas unidas es: que impere la verdad sexual sobre la superstición sexual; el derecho sexual sobre la arbitrariedad sexual."

(Magnus Hirschfeld, en el Cuarto Congreso Pro Reforma Sexual).

POR imperativo de una ley arcaica, injusta e inhumana, cuyo anacronismo repugna a nuestra conciencia de hombres libres, la mujer es considerada sujeto inferior, servidor incondicional de nuestras comodidades y de nuestros instintos.

Hasta principios del siglo que andamos, ignorada e ignorante como elemento que podría llenar una función social en la vida, se la tenía alejada de toda manifestación evolutiva, en sus diversos aspectos.

Los múltiples y sensibles adelantos de la ciencia, la filosofía y la literatura, agentes de capital importancia para la elevación del individuo y el progreso universal, en nada le han beneficiado, o, si tal ha habido, lo ha sido en una escala ínfima.

Haciendo caso omiso de las grandes mentalidades femeninas, que en todas las épocas llenaron muchas páginas de la historia con una destacada actuación, si no directa, indirectamente, jamás se le dispensó valor alguno.

Un accidente políticosocial, que más tenía de económico que de político y de social, abrió un camino a la inteligencia y a la capacidad femenina. En él se introdujo, o la introdujeron, fenómeno accidental, y desde entonces marcha, asciende, mejor dicho, hacia su liberación.

La guerra mundial le abrió las puertas de los distintos círculos que habian cerrado herméticamente el absurdo egoísmo del hombre, por una parte, y el premeditado interés de la iglesia, por otra, que siempre vió en la mujer al agente más eficaz para el mejor logro de sus bastardas ambiciones.

Lo inevitable no tardó en manifestarse. Una ley biológica, categórica, se imponia. Aquello que en un principio le fué impuesto racionalmente, con fines especulativos, el tiempo y las circunstancias convirtió en una necesidad vital.

Esto alarma — ridícula alarma — a cuantos se interesan por mantener a la mujer en condiciones medievales.

"Consideramos que ha sido un error palmario — protestan — permitir el nacimiento del proletariado femenino".

Por convicción o por "snobismo", con sinceridad o con hipocresía,

el hombre va, paulatinamente, transigiendo en que la mujer tome cartas en los asuntos que, en sí, considera de su exclusiva incumbencia.

Mas hay un punto al que se resiste heroicamente, a pesar de ser el que más importa a la mujer: la cuestión sexual.

Todo cuanto con ello se relaciona, se le oculta con especial interés.

Aquel enmohecido criterio de que el respeto filial la ignorancia lo consigue, se aplica, con inaudita torpeza, a todo aquello que con la función y los órganos de la reproducción se relaciona.

"¿Cuál es la causa íntima — se pregunta el doctor Fernández Verano, — la razón de ser de esta ilógica ocultación que tantos perjuicios produce?" Se responde, con palabras de Camaña: "El núcleo del mal que tratamos de poner en evidencia está en el prejuicio religioso del pecado, en esa absurda denominación de órganos y función vergonzosos; en esa reacción cristiana que, elevada a exageraciones perjudiciales, nutrió el error funesto de creer que el pudor consiste en la ignorancia."

El Segundo Congreso Pro Reforma Sexual, reunido en Berlín en el año 1928, acoge con indiscutibles muestras de aprobación las palabras de Hirschfeld considerando la función sexual como una de las cinco necesidades básicas de la humanidad; reprobando la expresión teológica que supone pecado hablar de tales asuntos; expresando, con clara evidencia, que la cuestión sexual interesa tanto a la mujer como al hombre, con abstracción absoluta de su categoría, de su inteligencia y de su religión...

Las exigencias del actual método de vida, carga a la mujer deberes ineludibles. A pesar de que la institución del matrimonio le impone normas de supeditación, grandes responsabilidades pesan sobre ella. Sin tener las atribuciones del hombre, ni gozar de sus derechos, se desempeña, en los diversos órdenes de la vida, con la misma eficacia que éste. De las deficiencias que pudieran observarse, que el hombre responda.

El trajín diario de dar cumplimiento a todas esas obligaciones la exponen a múltiples peligros de orden moral y... material.

El contacto cotidiano con el sujeto del sexo opuesto, la conduce, irremediablemente, al acto carnal. Es una ley natural, lógica, humana.

El contagio venéreo es uno de los posibles peligros más inmediatos, del que sólo una esmerada educación puede salvaguardarla.

De ahí que la mujer NO DEBE IGNORAR estas cuestiones. Para que NO IGNORE, precisamente, que al brindar, amantísima, sus labios, se expone a recibir el microbio destructor de su juventud. Para que NO IGNORE que el acto que aureola con la más ingenua de las fantasías poéticas, puede postrarla para toda la vida.

El problema sexual divide en dos bandos a la humanidad. De temperamentos y de caracteres opuestos. Es el hombre el enemigo de la mujer, en este terreno. Representa un constante peligro para ella. Hoy comparte el lecho con una prostituta y mañana lo hace con su esposa o deposita el luético veneno en los labios de su novia.

Alguien me objetará que esta circunstancia lo exime de culpa. Nada más equivocado. Al hombre se le brindan miles de oportunidades

que lo ponen al tanto del peligro venéreo; a la mujer se le vedan. Esta circunstancia nos obliga a la doble acusación de haber contraído, torpemente, una enfermedad que en sus manos estaba evitar y haber inoculado el veneno adquirido en una casa de prostitución en la persona de su novia o de su compañera.

"Hasta el presente — afirma el profesor Pinard — de todos los instintos naturales del hombre, uno solo no ha sido civilizado: el instinto de la reproducción."

Funesto abandono.

A cambio de un ser, engendra un monstruo, deforme y desgraciado, que, arrastrando su triste fatalidad, continuará la obra criminal que sus padres iniciaron. La tara maldita, adquirida en un día de placer, progresando por nefasta ignorancia y criminal negligencia, se transmitirá de generación en generación, sin reparar, inconscientes, en sus víctimas.

Mujeres existen, sin duda, que a sabiendas transmiten al hombre su enfermedad, haciendo a éste responsable de su desgracia. Son casos contados. Esta es la excepción que justifica la regla.

A la mujer contagiada, asístele el pleno derecho de acusarnos; no así al hombre, que sólo debe acusarse a sí mismo.

En el primer caso, existe inconsciencia y falta de conocimientos de parte de la afectada; en el segundo, el perjudicado expone a sabiendas.

Cultísimos profesores y escritores en materia sexual bregan porque se incorpore a los códigos vigentes articulados que sancionen el delito del contagio venéreo.

Es evidente que ese mal es un flagelo social, ya que produce más perjuicios y víctimas que cualquier otra lacra. Pero es el caso que de los hechos delictivos que se producen, el del contagio venéreo es el que con más justeza pone en evidencia el actual desorden social. Los necios prejuicios, el egoísmo y los intereses creados que fomentan la actual sociedad, son los que engendran el delito: el del contagio venéreo en especial.

Nada pueden los códigos en las cuestiones del sentimiento. Las relaciones sexuales no dejan de ser relaciones sentimentales. El contacto sexual es el derivado del mutuo afecto entre personas de distinto sexo, circunstancia que lo coloca al margen de las sanciones jurídicas.

Hora es que el absurdo criterio obscurantista de la religión y el paliativo jurídico de las leyes, se rindan ante la evidencia científica y humana.

No porque se nos oculte el mal, nos salvaremos del perjuicio que nos ocasionará; no porque los códigos condenen a quienes matan, roban y violan, se dejará de matar, de robar y de violar.

Más. La historia nos ha demostrado que cuando más rigurosa es la ley que condena un delito determinado, más incremento toma ese delito.

De ahí que el verdadero agente preventivo del delito venéreo sea una esmerada y sincera educación sexual.

La moral de las leyes y de la iglesia sucumbirá por obra de esa moral sin obligación ni sanción de que nos habla Guyau.

Pensemos en la capacidad y en la inteligencia femenina o, negándola, volvamos nuestros pensamientos a su bondad; dirijámonos en el peor de los casos, a su corazón y no a su cerebro. En vez de sumirla cada vez más en la ignorancia, con nuestros procedimientos desleales y utilitarios, tratemos de pulimentar sus asperezas, asperezas que la iglesia, engendro innecesario e injustificado de este arbitrario estado de cosas, cultiva con inconfesable interés subalterno de supeditación.

Que ellos respondan a esa parte culta y consciente de la sociedad que clama justicia.

Que la profecía de Magnus Hirschfeld: "Por la Ciencia, llegaremos a la Justicia", se convierta pronto en una feliz realidad.

Que no nos endilguen, a la postre, una mísera justicia de clases o de sexos.

El problema sexual, manifestación social de la ciencia, interesa a todos por igual. Que la educación sexual alcance a todas las clases y a todas las mentalidades es nuestra más cara ambición. Viejos y jóvenes, MUJERES y hombres, católicos y ateos, inteligentes y torpes, todos deben gozar de los beneficios de la educación sexual.

Cuando esto deje de ser simple teoría para convertirse en franca realidad, la iglesia, el eterno obstáculo, pondrá el grito en el cielo. Pero...

¿Qué nos importa la iglesia?

Fedor BAZAROF.



"MIRANDO VIVIR"...

En la reciente exposición de avicultura se remató una gallina en unos cientos de pesos.

Y un diario de la capital, remedando al avestruz, no encontró mejor manera de engañarse, o engañar a algún cándido, que anunciar con bombos y platillos que "en un país donde se pagaba trescientos pesos por una gallina (con plumas y todo), no podía haber crisis".

Ignoramos qué sucedería si este mecenas de la avicultura comenta su hazaña en ciertos hogares desamparados...

Pero lo cierto es que el comentario no pudo hacernos olvidar que días antes, en pleno Palermo, un hombre muriera de hambre y de frío.

Un "pordiosero", según supusieron los avispados cronistas, mientras daban presión a sus estufas.

* * *

Estados Unidos ha tenido un gesto "magnánimo". Y nadie concibe que puedan escatimarse los elogios a este gesto teatral de míster Hoover, nuevo mecenas de los desamparados.

Cuando los gobiernos presentían la desesperación alemana, que diera al traste con las deudas contraídas por sus eternos parásitos, y temían, así, la pérdida de sus ganancias en el negocio de la guerra, he aquí que el gesto de míster Hoover llega oportuno para alejar el peligro del momento y satisfacer la angustia de los sanguijuelas que inspiran la política.

Por eso que el "efecto psicológico" de tal medida merece el aplauso incondicional de los reaccionarios, que ven en ello, además, como el apuntalamiento de su tambaleante sistema económico, hecho de paradojas y contrasentidos.

Pero en Alemania, el inocente y sufrido proletariado, al margen de las "altas finanzas", engañará su hambre con la esperanza de tiempos mejores, que así habrán de asegurárselo.

¡Como sucede siempre en todas partes, cuando la felicidad, discernida por manos ajenas, la dispensa la "magnanimidad" de los amos!

* * *

Mussolini y el Papa mantienen un conflicto tremendo.

El Duce afirma que el Estado (y el Estado es él) manda en todo y tiene el derecho indiscutible de educar a sus niños. Los padres, que se encarguen de hacerlos, que para eso organiza concursos con premios.

El Papa, a su vez, dice que los niños le pertenecen, para inculcarles los preceptos de la Santa Madre Iglesia, como ella manda y ordena.

Triste suerte la de Italia y pobre destino el de estos niños, que si consiguen apartarse de una camisa negra, han de caer, fatalmente, en los pliegues de una sotana, también negra.

Entretanto, el conflicto sigue en pie, como cuadra a la dignidad de las partes.

Y aunque es bueno añadir que ambos personajes especulan con su propia debilidad, porque se saben necesarios el uno al otro, no deja de ser irritante ver a lo que conduce la megalomanía de la autoridad.

¡Cuando lo que requiere Italia, y precisan los pueblos, es vivir sin tiranos!

* * *

Ahora resulta que Franco, según dicen algunos, "pega coces", y todo porque cree haber sido defraudado y pronuncia discursos inconvenientes. Y con ello se acarrea contrastes y sinsabores.

Por eso no nos convence lo de las "coces". Al contrario, debe haber gato encerrado en los manejos de esta camarilla gobernante, que, imitando al rey, que resultó ser imbécil, no permiten ni que se les discuta su ciencia política.

¡Y todo porque estos seudos revolucionarios han conseguido la consagración de las urnas!

No debiera bastarles esa consagración estridente, que bien sabemos lo que puede significar, cuando al margen de las urnas y de su alboroto, alejados del conservadorismo que engendra la función de gobierno, hay quienes se esfuerzan en concretar una revolución que pudo haberse hecho ya, si los que se precian de renovadores fueran consecuentes con sus ideas.

Y mientras ellos ratificaban su programa en un congreso convocado al efecto, los gobernantes "revolucionarios" se henchían de satisfacción contando votos...

* * *

Como no se puede negar que hay crisis, ciertos escribas se consuelan argumentando que en Europa se siente con más crudeza y hay mayor número de desocupados.

¡Y es una sangrienta burla este razonar de insensatos!

Cuando se tiene hambre no se aplaca con saber que el vecino sufre, también, de no comer. Y no hace falta que haya muchos hambrientos para condenar un régimen social que pretende justificar este atentado porque es incapaz de remediarlo.

¡Pero esto lo saben los sonrosados señoritos que escriben con el estómago harto!

Como saben, también, que no hace mucho tiempo, el caballo que montaba un sargento de la "seguridad pública" en las calles de Madrid, en vez de obedecer a la espuela en una carga, se dirigió a un puesto de verdura, para hartarse de su larga vigilia.

Y les pareció lógica la hazaña a todos los escribas...

¡Que a tal extremo se ha masturbado la libertad del hombre, que hoy, ya hasta a las bestias se les reconoce más holgadamente el derecho a la vida!

V. P. F.

TEATRO

"LA VIE EST BELLE"

COMEDIA optimista, en tres actos, de Marcel Achard, estrenada en el Maipo.

Es opinión general, y casi unánime, que el teatro francés es en la actualidad el que más se traduce y el que más influye sobre los otros teatros.

Y es forzoso reconocerlo, pero, asimismo, debemos convenir que no son sus excelencias indiscutibles, sino algunos aspectos, quienes decretan y mantienen esa hegemonía. Sus aspectos amable y elegante.

Cuesta encontrar una obra de teatro francés contemporáneo cuyo obligado conflicto no sea amatorio; eso sí, elegante, tolerante y triangular: marido, mujer y amante.

Con esta base, hábilmente manipulada, se obtienen algunas variantes y ello basta para hacer una comedia nueva que satisfaga a los públicos elegantes, mimados por la ciega fortuna, y, por consiguiente, sin más preocupaciones que las de divertirse y Amar, hasta con mayúscula, si os place, pero que se traduce en **fornicar,** sin riesgos ni consecuencias, que ya la sociedad está constituída de modo que pueda suceder así.

En la comedia que comentamos, el triángulo erótico no lo forman los consabidos tres personajes; acusa una leve variante: son amante, mujer y amante.

Muki es una joven que no necesita preocuparse de otra cosa que de amar con toda exquisitez, en tanto que su amante, Stephan, es un hombre sin escrúpulos que la goza y explota, éstas son las palabras, que sin duda no responden al tono suave en que está escrita la obra, pero nos grafían con precisión el asunto.

Muki ha perdido una cartera que contenía 10.000 francos, destinados a su amante, cuya cartera la encuentra Charlenague, un vagabundo, quien la devuelve a su dueña.

Esta, agradecida, le gratifica con un billete de mil francos, y el amante egoísta la recrimina brutalmente, dando origen a una escena destemplada que los lleva a la ruptura de relaciones.

Muki, que acaba de sostener una enojosa cuestión con su tutor, enamorado a su vez de ella, se desespera y decide suicidarse, dirigiéndose al Sena. Pero Charlenague, que tiene sus reales por donde casualmente va ella a perpetrar su desesperada resolución, la reconoce y logra disuadirla de su propósito.

Con las pocas monedas que poseen entre los dos, porque él ha perdido el billete, van a recogerse, ella también vestida de hombre, en un miserable refugio nocturno, ocupado por tipos pintorescos, donde se descubre que están enamorados. Pero ella es demasiado burguesa para

avenirse a la vida que el nuevo amante puede brindarle y, cuando éste duerme, huye cobardemente, aunque emocionada, pero decidida a seguir viviendo.

El autor ha rozado temas que bien analizados podrían haber rendido una comedia duradera, pero ni la miseria ni el fracaso tienen para él otra significación que la pintoresca.

La obra responde plenamente a la definición: es una comedia optimista, como para públicos elegantes y sin problemas serios que resolver.

La interpretación en general correcta. En cambio, la presentación escénica muy pobre.

CAMBIO DE FRENTE

FLORENCIO Parravicini, que en su hora fué el primer bufo de nuestra escena, y que durante muchos años ha oficiado la decanía de la farándula nacional, a fuerza de rodar por la pendiente en que se colocó (de vuelta de su endiosamiento popular), agobiado por los desdenes del público que otrora lo mimara, va intentando todos los géneros para congraciarse con él.

Así, después de sus producciones asaz procaces y de otras confeccionadas bajo su patrón, en las que sólo se reflejaba la parte indecente de las cosas, se ha lanzado al folletón, al espectáculo entre policíaco y circense, en procura de ese público esquivo que no logra reconquistar.

Y en un grado algo menos acentuado, en todos los escenarios en los cuales se cultiva el teatro local, se advierte la misma inseguridad, la misma procuración de rutas.

Ahora, precisamente, se ha puesto de moda aludir a la situación política (y no para superarla, sino para hacer reír), y permitirse alguna que otra inofensiva caracterización de los protagonistas de los últimos hechos públicos, siendo raro el teatro cuyas carteleras no ostenten algún título más o menos simbólico o sugestivo.

Nuestros autores parece que han dado, al fin, con el filón que buscaban, cuando son tantos a explotarlo, pero, con tanto querer explotar el teatro, éste va dejando de serlo, se depaupera mortalmente...

Filoctetes.

CORREO

Braulio Mate. — Hemos de agradecerle nos diga si estima suficiente respuesta el artículo que se publica en este número. No habría inconveniente en acceder a sus deseos, en caso contrario.

De cualquier modo, creemos que podría confiar en nuestra discreción, para aclarar su seudónimo.



"LUCES DE LA CIUDAD" Y CHARLIE CHAPLIN

ERA tanta la expectativa creada alrededor de "Luces de la Ciudad" como esperado intento de delimitación, o de oposición franca, entre el cinema sonoro de actual hegemonía y las posibilidades no totalmente logradas ni relegadas del espectáculo mudo, que su estreno no pudo menos que defraudar, siquiera parcialmente.

Había volado demasiado alta la intención; y más que en una lograda ratificación "Chaplinesca", se creía en una superación incontrastable. Se conocía la actitud de Chaplin respecto al cinema sonoro y se sabía, además, que su intento de oposición al nuevo avance hablado, y en ocasiones tartajeante, era de excepción, único. El gesto resultaba así espectacularmente grande y había en él, además, una imaginada postura de genio o de renovador. Se decía que abriría honda brecha en la pared granítica del industrialismo triunfante. Eso resultaba simpático y prometedor.

La realización esperada, que diera margen a una demarcación artística, se suponía debía ser de quilates; algo donde vibrara el genio con majestad de órgano... Para esa tan anhelada "piedra de toque", de resurrección en la pantalla muda, se esperó varios meses, durante los cuales la información mundial encuadró día a día el proceso ascendente de esa labor realizada a conciencia y lentamente. Esa "ascensión" chaplinesca realizada a tramos, a disgustos y a esfuerzos, finalizó.

Se hizo lugar a la correlación de imágenes, y el primario montaje esquelético adquirió proyección y solidez y, situándose en un nuevo plano obsidional, se halló de inmediato a la cabeza de la señora Expectativa. Se había concluído, pues, "Luces de la ciudad". Y se esperaba su estreno, exigido esta vez por la obsecración de los cineastas mímicos.

* * *

Hacer extensión del argumento es dar lugar a una repetición de escenas, que privadas del ensamble y de la vertiginosidad de la proyección, resultarían sólo malas exteriorizaciones sentimentales o bufas. En un intento de descripción así se perdería el nexo humorístico, cuya captación sólo compete a la cámara y al arte inimitable de ese profundo filósofo sonriente que es Chaplin.

Diremos solamente que, aparte de la discreta actuación de los actores secundarios, la labor de la protagonista femenina, Virginia Cherril, no está siempre a la altura que su papel exige; y que "Luces de la ciudad" no supera en modo alguno a "La quimera del oro".

Cerraremos, pues, el diafragma sobre un intento de enfoque pura-

mente objetivo, para hacer cuadro — sin defraudar una intención honesta — sobre un ángulo no totalmente iluminado de ese vigoroso "clown" de sentimientos.

* * *

Una originalidad resalta en Chaplin y le diferencia, sin duda, del galancito acicalado y de la actriz semivestida, y es que hay en él un modelo, un tipo. Circunscribe sus creaciones últimas, todas, al molde de una vida. Hay actitud absurda, de íntimo "descentrismo" en su creación, que nuestro muy torturado y moderno espíritu ya no concibe totalmente.

Es la aptitud de la inadaptación o del desacuerdo con el medio y con los seres; del hombre que atraviesa el mundo resbalándose sobre él, estrellándose en lo absurdo de un obstáculo vulgar, internándose en la noche y equivocando su camino.

Y no es esta vez el payaso enharinado, en pos de la carcajada, el que hace simplemente un norte del fracaso, sino el hombre — el pobre hombre si se quiere — en toda su desgracia y desolación y, a veces también, en toda su irredimible animalidad, pues que suele hacer el mal sin saberlo, ya que en el fondo puede ser inconsciente. Está fuera del proceso lógico de los hombres; todo le sale al paso, todo le inmoviliza: las leyes, las conveniencias, las hipocresías sociales.

Es la pequeñez física, la debilidad replegada que anida el golpe brutal en la arquitectura endeble de su cuerpo, y que, adscripta o exilada de la realidad, busca el ideal o la quimera; ya que el proceso, para él ilógico del determinismo vulgar, le induce a creer en una superación y a buscarla; y sufre y cae y se equivoca por ella. Se estrella en los cuatro puntos cardinales, en todas las puntas de la vida y en los principios inventados por los hombres. Y detrás de cada obstáculo, la autoridad en forma de destino se burla de su incapacidad o de su impotencia. Advierte que tendrá que recorrer su calvario con unos zapatos demasiado grandes y una ropa de disfraz de guardarropía, y en este largo camino su único lujo, la trivialidad de una varilla de bastón que cimbra, le acompañará hasta el fin y sostendrá, ante un pueril asombro, su anhelo y su cansancio.

Pero su gesto no es repetidamente triste. A veces se evade de la realidad y se burla de ella; y su carrera de huída es entonces una ironía a la severidad del hombre. Con esto se ríen los niños y los que no tienen sucio el cerebro con el hollín de las palabras e ignoran aún, siquiera parcialmente, el arte de enmascarar la verdad y de hacer de la voz una fonética expresión de gamas reversibles y del rostro una máscara real, admirablemente maquillada.

Otras veces, expresará en un gesto un carácter, una diferencia, algo de revelación donde se intuya la punta acerada de un humorismo de excepción, pero, ¡profundo filósofo sonriente!, pocos comprenderán, aunque haya expresado algo profundo, que, de haber sido dicho por Shaw, por ejemplo, todo el mundo hubiera aplaudido y alabado su profundidad.

Por esta incomprensión se irá, se alejará alguna vez; concluirá

por describir círculos con la pequeñez de su bastón, se encogerá de hombros y, volviendo la espalda, se alejará, solo, del lugar donde los hombres se lastiman y golpean, y donde el anhelo de vivir se debate iracundo, impetuoso de surgir, pero pegado al fin para siempre, en el "tangle-foot" de la tierra.

EL ASESINO KARAMASOFF

POCAS veces la subalternación popular de un título fué más oportuna.

Haber clasificado a este ensayo parcial cinematográfico de una honda novela de Dostoyevsky, con el título original de "Los hermanos Karamazoff", habría llevado la pretensión medular de esta película a un extremo de la deformación ridícula o del engaño a simple comprobación.

Rotulada, pues, esta película alemana, a la manera de una endeble novela policial, nos ocuparemos de ella en dos sentidos: como intento y como realización. En ambos sentidos falla bastante. Y su aceptación como algo más que discreta película alemana, débese a una serie de factores en los que priman la música — magnífica sincronización musical — en primer término, y una interpretación de primeras figuras.

El director, Fedor Ozep, de sentido cinematográfico moderno — primeros planos, aproximación de cámara, exteriorización progresiva, "detallismo" de ángulos y rápidos enfoques — se ha limitado a dirigir las escenas adentrando en ellas, hasta lo posible, el sentido efectista.

Así, por ejemplo, el terrible desasosiego de Dimitri Karamasoff, tiene más sentido cinematográfico afectado que hondura psicológica; y del personaje medular, tomado con angustia por Dostoyevsky, no queda en la pantalla sino un hombre de impulsos primitivos, bastante melodramáticos.

Fritz Kortner da vida a este personaje y demuestra que pudo abordar papel mayor. Más lograda resulta la figura de Fedor Karamasoff, libertino, depravado, enfermizamente sexual; quizá, posiblemente, a que su actuación es más reducida. La actriz Anna Sten, rusa, anima con sentido artístico la parte difícil de Gruschenka. De criado, Smerdjakoff, hace el actor alemán Fritz Rasp, en una caracterización lograda.

El argumento viene a menos, puesto que la adaptación ha respetado sólo algunas partes del libro más logrado de ese explorador de honduras que ha sido Dostoyevsky.

Las controversias o disquisiciones de orden moral o teológico, que abundan en el libro, no han sido logradas más que someramente en el diálogo de esta producción; diálogo que ha sido reducido esta vez a un porcentaje mínimo, para dar lugar a una mayor acción cinematográfica y alejar así, en parte, el fantasma de lo teatral.

La adaptación musical contribuye a dar "sensación" a las escenas principales; y este buscado aporte de motivos musicales, realizados por Carl Rathaus, logra dar categoría de arte a escenas que, privadas de

ese elemento acústico principal, serían sólo endebles y carecerían de vigor.

Lo cual nos induce a afirmar que, privada esta producción de esa real creación rítmica, habría pasado inadvertida y sido olvidada muy pronto; como, por otra parte, han pasado ya al olvido otras pasadas adaptaciones silenciosas de la misma obra de Fedor Dostoyevsky.

CINE CLUB DE BUENOS AIRES

Tercer ciclo de exhibiciones

ESTA institución, cuya finalidad esencial es la de divulgar las buenas producciones del cinematógrafo y los intentos de elevada realización artística, los cuales por su carácter de no comerciales — o por estar privadas de un revoque ornamental de propaganda previa — pasarían, en otra forma, inadvertidas, olvidadas o dispersas entre el fárrago de las producciones "standard", continúa con toda regularidad el ciclo de sus exhibiciones que tienen lugar en "Los Amigos del Arte".

La exhibición N.° 39 comprendía cinco minutos del film prehistórico "Los piratas", y dos películas de origen francés: "El viaje imaginario", fantasía humorística de Germaine Dulac y René Clair, y "El fantasma del Moulin Rouge", comedia fantástica (1924), de René Clair.

La sesión número 40 dió a conocer tres comedias breves de un cómico no popular: Charles Bowers, y exhumó esa obra maestra de Robert Wienne: "El gabinete del doctor Calegari".

La número 41, dedicada a Chaplin, dió lugar a un estudio comparativo del mejor artista cinematográfico, con trabajos comprendidos entre 1912-1918. Se exhibieron siete películas de la primera época, y resaltó en el juicio inevitable, con sus últimas producciones, el arte ahora más madurado y ya impuesto, y la transición manifiesta.

Alfo.



ESPIGANDO

Con Santiago Rusiñol muere un enamorado de la belleza. Fué pintor de méritos, poeta excelente, autor dramático; y tuvo alguna vez inquietudes sociales que muchos silenciaron. Era irónico y sentimental; se había detenido así en el nexo de bifurcación del drama humilde, pero no se adentró en el recinto obscuro del dolor proletario, y el tiempo, entonces, sólo cristalizó en él en una sonrisa irónica y en un gesto de aparente gran señor. En "El pueblo gris" y "Anant pel mon" (Andando por el mundo) glosa anhelos sencillos y crispa palabras rebeldes.

Escribía en su idioma catalán, por expresión predilecta y no por postura o laxantismo localista.

Fué un artista triste y talentoso; cultivó la belleza con algo de huída a la realidad; fué bueno; y se fué.

Creemos que en la consagración oficial de ese bohemio obligado, temperamental y rebelde que fué Florencio Sánchez, ha habido un error cronológico, una anticipación precipitada, una caída de almanaque antes de tiempo.

La estatua, el monumento, la consagración, el teodolito, las palabras grandes, la representación frigia, las bandas municipales, los señores de la casa de altos, los ejecutores de himnos, la pandilla comanditaria de los empresarios — señores de ley y treinta dineros que dejarían perecer otra vez a Florencio si hoy rondara con zapatos desgastados por el perímetro lustroso de sus secretarías, —los curiosos "que me importa" y alguno que otro vago de jugo gástrico sentimental; se han equivocado todos, han hecho pie fulero, han desbarrado.

La mascarada no debió ser ese día, ni allí.

Debió posponerse para más adelante; para cuando a algún sainetero máximo, por ejemplo, se le quede rígida la extremidad del metatarso y estire de una vez los dedos con que escribe; es decir, los dedos de los pies.

Las greguerías, tan monas, de Ramón Gómez de la Serna y sus premisas estéticas, nos gustan mucho.

El hombre es original: tan pronto se zampa sobre el lomo de un elefante, como se pinta de negro y espeta una estirada conferencia. La conferencia es humorística: él dice las palabras, pero el humorismo no lo da a entender ni lo regala, lo hace. Así es y hay que aceptarlo.

Unos hacen una cosa y otros, otra. Unos escriben por escribir, otros por decir algo, y otros, en cambio, se joroban el tiempo haciendo libros sobre el análisis de la campanilla de las moscas; o sobre el greguerismo.

La revista "Brújula" advierte bien, en uno de sus últimos números, la forma en que suele tratarse la mala y poca bibliografía en los diarios de aquí.

Las casas editoras importantes tienen a sueldo a plumíferos anónimos del talento a confección y de la novela a medida. Sería interesante que alguna que otra publicación izquierdista se dispusiera a tomar actitudes parecidas.

Claro que para ello sería preciso que dejaran de tirarse al alma entre sí y que depusieran el guante de box con que se rozan la cara, para tomar la olvidada pluma... o la máquina.

Bibliografía y Crítica

"MALAISIE"

Por Henri Fauconnier. Stok, París.

CUANDO un escritor europeo o americano se propone escribir un libro sobre tal o cual país lejano, se provee de un pasaporte, contrata un pasaje de 1.ª, echa en el baúl unos cuantos libros que traten del país a visitar y con cámara fotográfica y lápiz o pluma nos hace el retrato del país de interés.

Pero, ni la cámara ni el turista pueden pasar de la superficie de las cosas.

Fauconnier, en cambio, ha vivido mucho tiempo en el país que describe y ha trabajado en las plantaciones del caucho, principal industria de la zona; ha convivido con los indígenas y se ha esforzado por comprenderlos.

Por esto, es más que un libro de viajes una penetración en el mundo malayo, un estudio hacia dentro, donde, más que la influencia del blanco sobre el amarillo, se advierte la absorción de aquel por éste, si no le anima un dominante instinto expoliador. Pues al poner para faz las dos formas de vida (no nos atrevemos a decir civilizaciones), se manifiesta súbitamente que la nuestra, pese a sus muchos adelantos, no nos reporta ventaja alguna de orden interior y que nosotros, a pesar de todo, somos más esclavos que ellos.

Sin que el autor lo intente, se desprenden del libro los abusos que los "colonizadores" perpetran con los indígenas, y que aunque los países "civilizados" promulguen leyes de defensa para el nativo, son letra muerta, pues que los funcionarios encargados de hacerlas cumplir, igual que en todas las partes, obedecen a los mismos imperativos.

Un libro hacia dentro, escrito con mucha honradez, ameno e interesante, que, de haberlo querido el autor, hubiera valido por una reivindicación de los oprimidos, pero que, por prurito literario, sin duda, o simplemente por no sentir otra cosa, se ha colocado equidistanciado de uno y otro sector, y sin rencor hacia nadie ha descrito las cosas como las ha visto e interpretado.

"POEMAS DE LOS CAMINOS"

Por Héctor Mininni. Edit. La Facultad, Montevideo.

VARIOS poemas breves, reunidos en un pequeño volumen, bien presentado e impreso, como un muestrario de inquietudes y tanteos.

En ellos se nos presenta el autor empeñado en asimilar formas que gozaron de actualidad, acusando la desorientación que impera en poesía después del diluvio "Dadá".

Siguiendo los caminos nuevos, cultiva la imagen sin conceder nada, según se usa, a la rima ni a la métrica, y a veces logra aciertos como en el poema "Día de Lluvia" y en "Autumnal", pero en seguida desciende el tono.

Acusa preocupaciones sociales en el "Poema al Trabajador".

Otras veces aborda la reelaboración del vocablo, y con poca fortuna escribe "Párpados abiertos a la lejanidad".

En conjunto, el libro ofrece bastante asidero a la crítica, pero el autor es joven y, como dice el prologuista, Cayafa Soca, tesonero, por tanto cabe esperar de él libros más meditados y personales, si logra independizarse de los novedosismos literarios, infecundos casi siempre.

AL SERVICIO DE LA NUEVA GENERACION

Por Luis Jiménez de Asúa. Edit. J. Morata, Madrid.

ES el que nos ocupa un autor tan conocido y apreciado entre nosotros, que nos releva presentarlo y, al mismo tiempo, justifica que nos interesemos por un libro que pone su autor directamente al servicio de la juventud española, porque lo está igualmente al servicio de la nuestra y de muchas otras.

Consta el volumen de dos conferencias, la primera de las cuales fué pronunciada en la "Casa del Pueblo" de Madrid, en 1929, destinada, según el autor, "a la juventud española de tipo intelectual y de inquietudes liberales"; y la segunda, "Las Nuevas Mujeres", para la Asociación de antiguos alumnos del Inst. Escuela", en enero de 1930, y, en último término, una epístola a una señorita y una arenga, "Los Estudiantes", consagrada a quienes invoca el título.

Esta es, sin duda, la parte que mayor interés puede despertar entre nosotros.

Conocemos bien la tendencia ideológica de Asúa que, sin responder a partido o agrupación, comprende la máxima independencia de criterio, y asimismo sabemos la autoridad que goza en materia criminalista dentro y fuera de España, pero este libro sale en cierto modo fuera del área de su especialidad y toca de lleno problemas sociales que, aunque los hechos los han adelantado en determinado aspecto. (nos referimos al cambio de régimen hispánico), importan un gran valor constructivo.

Los temas por él tratados con preferencia son el cultural y el de la emancipación femenina, coincidiendo en el primero con Ortega y Gasset y casi todos los pedagogos de avanzada, y en el segundo con Marañón y los sexólogos más autorizados, si bien la especialidad de éstos es, claro está, la sexualidad, y Asúa, en cambio, aborda la cuestión social, pero ambas se penetran y confunden muchas veces.

Asúa propugna la desprejuiciación de ambos sexos, para mayor comprensión, y preconiza las ventajas del amor libre entre personas capacitadas e independientes, a todas las otras formas de unión de tipo religioso o legal, en los que se encadenan para toda la vida seres que ni se comprenden ni pueden convivir dignamente, puesto que en la convivencia no hallan placer.

Sostiene la igualdad de derechos y deberes entre hombre y mujer, y la conveniencia de que la hembra se independice económicamente, a fin de que no sea para el hombre un peso, como hasta ahora, sino una potencia en marcha que ayude a sobrellevar la carga del hogar y la sustentación y educación de la prole.

En su arenga a los estudiantes, analiza las organizaciones de los mismos y las ventajas que ellos pueden reportarles, a la vez que, como maestro, trata de encauzar esos torrentes de energía, que mal dirigidos pueden precipitar al abismo, y bien conducidos pueden constituir una gran fuerza constructora, en nuestra opinión la segunda, para elaborar la sociedad futura.

Algún reparo podríamos oponer a determinados conceptos, pero ello nos obligaría a ocupar un espacio mayor del que disponemos, y como, por otra parte, es mucho más en lo que coincidimos, nos ceñimos a recomendar la lectura de este libro que tan útiles conclusiones alcanza en los tres aspectos que abarca.

I. A.

"NUESTRA AMERICA Y EL IMPERIALISMO YANQUI"

Por Alfredo L. Palacios. Edit. Historia Nueva.

CON atenta dedicatoria recibimos este libro de Palacios, en el cual se documenta la campaña tesonera y constante que la Unión Latino Americana ha desarrollado desde su fundación, en marzo del año 1925, para apercibirnos del peligro que supone el avance taimado y seguro de la bárbara plutocracia yanqui sobre el conglomerado amorfo de las restantes repúblicas de América.

Y es de Palacios este libro, a pesar de referirse a una Institución, porque sólo a él, por su calidad de presidente, no obstante los buenos y activos colaboradores que le secundan, corresponde principalmente esa línea inalterada de consecuencia y honradez ideológica que comprobamos a través de sus páginas, como una característica reconocida e indiscutible de su autor.

Todos los atropellos cometidos por la torva voracidad del gigante del Norte, como el afán imperialista y las medidas reaccionarias de otros gobiernos, envilecidos por el dólar y tiranos de sus pueblos, ha merecido de la Unión Latino Americana la sanción que correspondía en cada caso y ha justificado, diríamos, la oportuna adopción de su plan de defensa, de indudable amplitud y reconfortante solidaridad continental.

Pero, glosando el libro, y con respecto a su autor, hemos de permitirnos expresar nuestra discrepancia en cuanto a ciertos métodos y finalidades.

La plutocracia no es casta exclusiva de Norte América. Todas las naciones tienen su plutocracia y ellas se entienden a maravilla, pues que el concepto de patria o de nacionalidad, para su bastardo internacio-

nalismo, es tontería de ilusos. Si la yanqui se afirma sobre sus congéneres no es porque sea mejor o peor (todas son malas), sino porque puede más, y ante ella se anulan o entregan sin violencia las restantes plutocracias.

He aquí, pues, que el enemigo no está en Norte América, principalmente. Está en cada nación, representado por sus hombres **más patriotas**, por eso que llaman las **fuerzas vivas**, demasiado vivas, como se desprende.

Luchar directamente contra su afianzamiento y desarrollo parecería lo lógico para contrarrestar el imperialismo, tal como lo intenta en su país el pueblo sano de Norte América. Más obligados a ello, cuando se demuestra que nuestra plutocracia es incipiente y no ha conseguido afirmarse con segura garra.

Y esto es lo que aquí se hace, se dirá. Sin embargo, el propósito de nacionalizar las fuentes de riqueza, impedir la contratación de empréstitos, sólo, al parecer, cuando permitan la intromisión coercitiva extranjera, y, en resumen, conservar incólume la integridad económica de "nuestra América", todo con vistas a impedir el avance cauteloso del pulpo americano, es, sin duda, preocuparse de eliminar competidores en los futuros negocios, nuestros o de nuestra descendencia, y afianzar, mientras esto llega, el predominio en cada nación, así salvaguardada, de su respectiva plutocracia; que no condiciona ésta a las personas, sino que es expresión de cuantos explotan y negocian sin escrúpulos y con toda seguridad, merced a la influencia que logran. Y esta influencia, aquí como en Norte América, es tanto más desembozada y violenta cuanto más se afirma su poderío.

Podría alegarse, basándose en el libro, que la U. L. A. combate también el privilegio económico y reafirma postulados democráticos en consonancia con las conclusiones más recientes de la ciencia política.

La liberación económica, porque halaga fáciles egoísmos, es el señuelo de los tiempos modernos y el principal y sugerente objetivo de la política, en todas sus acepciones. Y esta preocupación de lo económico, en cambio, debiera ser muy relativa en quienes han logrado una fuerza moral, no obstante no haber conseguido ni deseado la holganza económica. Más aún, reconociendo en esta frugalidad una mayor garantía para asegurar honestidad de convicciones e independencia de juicio.

Pero esta paradoja se da, también, al hablar de democracia, cuyo señuelo es capacitar para el gobierno y sentirse responsable de ello. La antigua concepción reaccionaria del gobierno por unos pocos, selectos y perfumados, se perpetúa y complica, así, con la ficción de una intervención popular que no se realiza en cuanto tiene de superior contenido ideológico, por simples razones de plutocracia, aunque si se invoca para achacarle al pueblo los males inevitables que todo gobierno acarrea, atentos al sentido de autoridad que siempre involucra.

Para los espíritus valientes, liberados de prejuicios, la democracia encierra como finalidad la delegación en otros del propio gobierno, y para realizar esto la democracia educa servidumbre, tras el eufemismo de la disciplina impuesta. Lo contrario, fuera anularse ella misma, pues

que todos capacitados y conscientes no precisarían quién los gobernase.

Lógico parecería aceptarla, entonces, como mezquino ideal (en cuanto a otras concepciones más radicales), y como una consecuencia inevitable en la evolución social, y esto porque se ubican en ella, dándole forma, cuantos, por chatura intelectual o calculado egoísmo, no aprecian aún debidamente las fuerzas morales, de que hablaba el inolvidable Ingenieros, o las tergiversan y ahogan para no perder el privilegio que disfrutan y legan.

Proclamar democracia, pues, quien ha superado su objetivo, es, en el mejor de los casos, resignarse al rebaño que ella logra seducir. O creerse predestinado.

Se dirá, no obstante que los métodos de la U. L. A. difieren de lo vulgar oficializado y señalan un progreso evidente. No lo dudamos, pero, no es menos cierto que establecer y vigorizar métodos es cristalizar dogmas y lo adelantado de hoy ha de ser, fatalmente, el obstáculo de mañana. Ya lo es actualmente, en muchos casos, y no sorprende que el concepto tendencioso y la falta de solidaridad surjan a menudo de los **cientifistas políticos** más adelantados.

Los hombres que adquieren prestigio por el ejercicio de su sabiduría y resultan ser propulsores de multitud, tienen la obligación moral de superarse en cuanto comprendan, para establecer normas, también, de superación colectiva.

Y estas limitaciones que observamos en Palacios a través de su libro, que fueran extremas virtudes en los amos de las repúblicas de América, son, en cambio, graves pecados en él, y que le señalamos con todo el respeto y simpatía que nos merece.

V. P. F.

"COBRES DE DOS CENTAVOS"

Por Alvaro Yunque. Edit. Reja.

LA posición de Yunque, en la literatura argentina, merece una ratificación tipográfica, unas líneas de aclaración.

Sorprende en el tembladeral de nuestro medio la ubicación de este escritor de buena línea moral y de procedimientos honestos, que aporta en su obra la íntima convicción de que la creación literaria no debe carecer nunca, absolutamente, de calor humano.

El escritor colocado en esta posición, cree así que su realización, más que de entretenimiento, debe servir de posible orientación; debe remover, sugerir o propulsar; presentar al desnudo defectos, vicios o virtudes; interrogar siempre a la vida y elevar, en fin, el nivel moral de esta barca de galeotes en que nos apretujamos.

Este volumen que tratamos es, como todos los de Yunque, de presentación muy sobria, demasiado, quizás, pero esta característica acentúa aun más esa modestia editorial, frente a la carrocería "pullman" que se estila en el sector más "municipalizable" de nuestras letras. El contenido de poesía que lo integra, le insinúa sin embargo volumen de

obra. Se compone de un número de poesías breves sobre motivos de la ciudad, y están en general abordados los temas con una visión primaria, interiorizada de humanidad.

Hay vibración en las poesías de Yunque, fuerza emotiva y una característica de suave delicadeza que hace más elevado su acento, como en "Afirmación de la romántica luna", "Nieve", "En el zoológico", y en "Pareja de novios pobres", donde mantiene una calidad de buen tono lírico. Claro que no todas las composiciones son igualmente buenas, y algunas, como "Pasó una hermosa mujer", acusan pinceladas bastante acentuadas de vulgaridad.

Estos reparos breves no hacen honda brecha en el pequeño libro; y así en conjunto en esta nueva obra de Yunque, vuelve a hacerse oír, en parte, una recia voz de poeta humano, que tiene fibra de escritor y estampa de hombre.

"VIGILIA POR DENTRO"

Por H. Díaz Casanueva. Edit. Nascimento.

HAY poemas bizantinistas, como los hay seráficos o de un preciosismo serenista, y hasta los hay serpiginosos. Existen, también, los que alternan dos elementos cuya conjunción eriza la epidermis de los metatarsianos de la Academia: tienen reciedumbre y sencillez.

El poema resulta así una forma de exteriorización lírica cuya ubicación exacta en la literatura obligaría a bucear en capas apartadas y profundas.

Pero, apartémonos de la búsqueda de esta forma poemática, tantas veces retórica, por ser tarea ardua o periplo riguroso de observación o de crítica, para precavernos simplemente como exploradores entusiastas de islotes no trillados. Hagamos, pues, la abertura necesaria para poder darnos cuenta del sentido irónico en vigencia o de la actitud emocional, y tratemos así el libro de H. Díaz Casanueva.

Se advierte de principio, en la fisiología de estos poemas, un hallazgo profundizado de imágenes; pero esta afirmación elevada no ha dado lugar a una construcción demasiado fatigosa, ni a un montaje esquelético. El perfil de lo vulgar, que suele conspirar tantas veces contra la expresión poética, no asoma tampoco en las páginas de este libro; ni es el motivo ornamental, a flor de piel, el que llena la retina del autor ni hay lugar espacioso para la forma solamente retórica; sino más bien existe una real preocupación de refinamiento emocional, más de fondo que de forma.

Emplea para una realización así el arma de doble filo de la metalepsis y esta especie de deseada metonimia se hace en sus poemas un principio y una afirmación de individualidad.

Esta actitud de buscada elevación intelectual, justo es decirlo, no está siempre captada en el libro. Poemas hay en los que la razón y el sentimiento, por ritmos alternos, se precipitan en una baraúnda de conceptos metafísicos; y es allí donde se advierte, sin quererlo, la imagen rebuscada y el enjuiciamiento artificioso. Pero en mayoría el sentido

poemático prima, está alerta y en vigor, tiene categoría y visos de distinción.

Bastaría para esta ratificación de cualidades, la comprobación de algunos aciertos de profundidad, como "Cáliz del hombre" y "Tentativa de soledad", para advertir en H. Díaz Casanueva un sentimiento lírico que se afianza algo más allá de su libro.

Editó Nascimento, de Santiago de Chile, con toda propiedad.

"LA DEMOCRATIZACION DE LA ENSEÑANZA"

Por Alfredo L. Palacios. Edit. I. de la U. de B. A.

UN volumen de 110 páginas, que contiene dos discursos que Alfredo L. Palacios pronunció en junio de 1930 ante el Consejo Superior Universitario de La Plata, con motivo de la discusión del proyecto de aranceles.

En las dos exposiciones—sinceros alegatos de deseada democratización—se aboga por la gratuidad de la enseñanza superior; principio de reforma esencial ya implantada en diversos países, pero no aún en el nuestro, para vergüenza de nuestra decantada democratización orgánica.

En lugar de los aranceles exagerados, que hacen de la enseñanza superior un infamante privilegio y mantienen además "un marcado carácter de clase", el autor sostiene con altura de miras, aunque puesto siempre dentro de las posibilidades de la democracia, el impuesto al ausentismo y a las sucesiones; y aporta a esta tesis, antecedentes y estadísticas, elementos empíricos que resultan de eficacia irrefutable.

Como punto esencial, la democratización de la enseñanza es el centro de los discursos; pero en la coordinación de estos se halla frecuentemente el espíritu idealista de Palacios, sus conceptos elevados sobre una nueva y real Universidad y una interpretación ideológica general, para un conocimiento, con más claridad que hasta ahora, de los conceptos históricos convergentes.

Dos conferencias, al fin, que se agregan como valiosos aportes al estudio de los problemas universitarios, y dos ensayos de un hombre que dice a través de este estudio a veces medular: "Soy sólo un estudioso que aspira a que de las Universidades surja una nueva concepción social y un espíritu nuevo, que exalten la personalidad humana, den al hombre conciencia de su fuerza y forjen su voluntad y su carácter..."

"SUBURBIO MIO"

Por A. Cambours Ocampo

SE nos dice que A. C. Ocampo pertenece, cronológica y literariamente, a la novísima generación nuestra y que además está adscripto a la modalidad lexicográfica un tanto desbarrada de las corrien-

tes poéticas pretendidamente más avanzadas. El joven Ocampo ha advertido en sí la trabajosa intuición de un poeta y asociado a la claridad de esta propia revelación, ha querido dar la pauta y ha publicado un libro; y ha tenido el gesto de remitírnoslo.

Se titula "Suburbio mío" y consta de 19 composiciones de poética libre.

Haciendo sincera exclusión de nuestras inclinaciones vergonzozamente "pasatistas" nos hemos dado a la tarea de leerlo. Y, naturalmente, lo hemos leído. Leído, pues, nos damos a la tarea de coordinar impresiones, y este intento de unificación o de recapitulación, nos sorprende en un estado anímico especial y contradictorio; coexisten reparos y serias recriminaciones. Quizás no haya logrado convencernos siquiera parcialmente el poeta, y la claridad de una posible revelación no haga tiempo todavía en el umbral llamativo de este libro primigenio.

El caudal poético de A. C. Ocampo sólo parece poseer aun leve profundidad de acequia; le falta claridad de río y hondura y rumor de mar.

Creemos sinceramente malogrado el esfuerzo simpático de este libro; y creemos también sinceramente que su autor demuestra más altas condiciones. Ilustró Jorge Arancibia, con criterio de artista. Bien editado.

A. L.

• • • • •

PUBLICACIONES DIVERSAS RECIBIDAS

BRUJULA, Nos. 8, 9, 10, Capital. Dirige: R. del Plata y Luis V. Molinari. — **LETRAS**, No. 7, Capital. — **LA IDEA**, No. 93, Capital — **METROPOLIS**, N.º 2, Capital. Dirige Leonidas Barletta. — **CLARIDAD**, No. 231, Capital. — **HIGIENE Y SALUD**. — Nos. 208, 209, Montevideo. — **REVISTA DE LAS ESPAÑAS**, No. 55, 56, Madrid. — **LA REVISTA BLANCA**, Nos. 192, 193, 194, Barcelona. Esta interesante publicación comienza a salir, desde el N.º 193, ilustrada y con importantes mejoras. — **EL LUCHADOR**, Nos. del 17 al 23, Barcelona. — **LA NOVELA IDEAL**, Nos. del 247 al 253, Barcelona. — **ESTUDIOS**, No. 94, Valencia. Excelente publicación ecléctica. — **NEW MASSES**, Abril y Mayo, New York. Publica Michael Gold. — **LA VIE UNIVERSELLE**, Nos. 16, 17. Lyon. Organo de "L'Associacion Internacionale Biocosmique". — **LUCIFER**, No. 1, (Año 3), Bordeaux. — **L'EMANCIPATEUR**, No. 35, Flemalle-Grande (Bélgica). — **ERKENNTNIS UND BEFREIUNG**, Nos. 23, 24. Viena. Dirige: Pierre Ramus. — **L'EN DEHORS**, Nos. del 194-95 al 206-7, Paris-Orleáns. Publica: E. Armand. — **L'AUBE**, Nos. 37, 38, 39. Lyon. — **LA REVOLUTION PROLETARIENNE**, No. 117. Paris. — **PLUS LOIN**, No. 74. Paris. — **CARNETS MENSUELS**, Nos. 1, 2, 3, 4, 5. Paris. Director: Carlos Suárez. Se destaca, en estos cuadernos, la publicación de un extenso e interesante trabajo titulado "La fin de grand Mythe".

Redacción y Administración: Vera 572
Correspondencia y valores a nombre de S. Kaplan
Suscripción anual, $ 2,50 Número suelto $ 0,20

LECTOR!!

A fin de propiciarnos un medio más de arbitrar fondos para el sostenimiento de NERVIO, hemos decidido establecer un amplio servicio de librería, en la seguridad de que todos aquellos que simpaticen con la obra cultural que nos hemos propuesto realizar con la revista, nos presten su ayuda adquiriendo sus libros por nuestro intermedio.

Barret Rafael	**Páginas dispersas**	$	1.00
id.	**Diálogos, conversaciones y otros escritos**	„	1.00
Barcos Julio	**La libertad sexual de las mujeres**	„	2.00
Brumana Herminia	**Cabezas de mujeres**	„	2.00
Castelnuovo Elías	**Entre los muertos**	„	1.00
Cabet E.	**Viaje por Icaria (2 tomos)**	„	4.00
Forteza J. R.	**Rafael Barrett, su obra, su prédica, su moral**	„	1.00
Gille Paul	**Esbozo de una filosofía de la dignidad humana**	„	1.50
Istrati Panait	**Kyra Kyralina**	„	1.50
id.	**Mi tío Anghel**	„	1.50
id.	**Los Aiducs**	„	1.50
Ingenieros José	Los tiempos nuevos	„	1.50
London Jack	Un perro de circo	„	0.80
Lacerda de Moura	La mujer es una degenerada? (encuadernado)	„	2.50
Marestan Juan	La educación sexual	„	1.80
id.	El matrimonio, el amor libre y la libre maternidad	„	1.00
Morris William	Noticias de ninguna parte	„	0.50
Multatuli	Páginas selectas	„	0.50
Palcos Alberto	El genio	„	3.00
id.	La vida emotiva	„	2.50
Puente Isaac, Dr.	Embriología	„	1.75
Ryner Han	El aventurero de amor	„	1.30
id.	Pequeño manual individualista	„	1.00
id.	El quinto evangelio	„	1.30
id.	El subjetivismo	„	0.50
id.	Los artesanos del porvenir	„	0.40
id.	La filosofía de Ibsen	„	0.15
id.	Los grandes problemas del alma humana	„	0.30
id.	Los esclavos (drama filosófico	„	0.25
id.	Variedades del individualismo	„	0.15
Reisig Luis	La campaña del general Bulete	„	2.00
Stresoff Samuel	Anga (memorias de un emigrante)	„	1.00
Sánchez Viamonte	Jornadas	„	2.00
Tolstoi León	Anissia	„	1.50

Puede pedírsenos, así mismo, cualquier otra obra que no figure en la presente lista.

Los pedidos acompañados del importe a nombre del administrador S. Kaplan, Buenos Aires.